LANZA

OBRAS

2
211
1-2

2
42114
(1-2)

419 3093

COLECCION COMPLETA

DE LAS OBRAS DE

SILVERIO LANZA

TOMO PRIMERO

EL AÑO TRISTE

SEGUNDA EDICION

MADRID
IMP. DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martinez, número 1

1883

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

R

COLECCION COMPLETA

DE LAS OBRAS DE

SILVERIO LANZA

TOMO PRIMERO

EL AÑO TRISTE

SEGUNDA EDICION

MADRID

IMP. DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL

Platería de Martinez, número 1

1883

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO

Silverio Lanza murió en Salamanca el 25 de Setiembre de 1882. Durante su vida contraje con él el compromiso de publicar sus obras. Cumplo mi palabra; por lo demás, ni las he corregido ni he dado á nadie tal encargo. Las publico íntegras.

El lector formará una idea de Silverio como literato, cuando haya leido la coleccion completa de sus escritos: no ántes. Yo la aumentaré con la biografía de mi amigo Lanza. Así tampoco le faltará un borron.

Empieza por el AÑO TRISTE. Esta obrita se escribió en 1876. La fecha tiene importancia.

Yo sólo quiero popularizar las obras del más fecundo y original de los escritores contemporáneos. Los productos de la venta serán para el heredero legítimo de Silverio Lanza.

J. B. A.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

ADVERTENCIA.

La premura con que ha sido preciso publicar la segunda edicion de esta obra, no nos ha permitido variar en nada las condiciones de su impresion.

Biblioteca Nacional de España

AÑO NUEVO.

Ferrol 1.° *de Enero de* 187...

Mi querido amigo Pablo: Te hallas siempre tan léjos de España, que la noticia de mis desgracias no llegó á tus oídos hasta fines del pasado Agosto, y tu consoladora carta, digna de tí solamente, que eres el único capaz de escribirla, tan bella y tan buena, no ha sido en poder mio hasta ayer con más oportunidad que en cualquier otro dia, pues hoy hace un año que perdí para siempre aquel ángel que te castigaba con su fingido enojo cuando cometías alguna de tus inocentes calaveradas. ¡Pobrecilla! Tal vez desde el cielo sonría con amor contemplando nuestra pena; tal vez su recuerdo sea eterno lazo que estreche siempre nuestras almas.

Veo que ignoras la série de dolorosos hechos que me han dejado, con el alma muerta y el cuerpo vivo, totalmente sólo y completamente arruinado.

Habíamos pasado el verano en Juvia, y era el otoño tan templado que resolvimos seguir en el campo todo el mes de Noviembre, y cuando ya, á fines de éste, íbamos á trasladarnos á Ferrol, buscando nuestro nido de invierno, la delicada salud de Julia nos impidió hacerlo así; llevaba siete meses de embarazo, y todo nos hacía temer un disgusto por desenlace. Allá en nuestra alegre casita que parecía, durante el estío, una blanca gaviota

Biblioteca Nacional de España

posada tranquilamente sobre un mar de flores, allí pasamos tristemente la Noche-buena rodeados de aquel triste campo, de aquellos secos árboles, de aquel jardin convertido en pantano y encerrados en nuestra entónces incómoda casa, que parecía el blanco bellon que deja entre las zarzas el cordero. Hoy por la mañana hizo un año que salí á pasear con el exclusivo objeto de calentar un poco mis miembros ateridos. Iba sobre mi caballo Jhon, que te dió un susto y te quitó un diente; había nevado durante la pasada noche, y yo y mi potro mirábamos con extraño dolor aquel cuadro, porque Jhon tambien estaba muy triste aquel dia; las nubes habían ocultado el disco del sol, y á mí, cada monton de arena cubierto de blanca nieve se me figuraba un sepulcro, y aquel inmenso campo el cementerio donde dormía el sueño eterno una raza entera.

Estaba á un tiro de fusil de mi casa, de la que no quería alejarme porque Julia había pasado muy mala noche, y su palidez me alarmaba sobremanera; de pronto, Jhon giró rápidamente y avanzó al escape hácia nuestro triste nido; entónces ví á mi suegro que me llamaba con toda la fuerza de sus pulmones; pocos instantes despues echó á correr á mi encuentro, y, luégo, descansando su blanca cabeza en el cuello de mi caballo, pálido por el terror y jadeante por la carrera, me gritaba:

—Julia se muere; vé á Ferrol y tráete á Villarubia.

Yo tiré brutalmente de la brida derecha, cogí con mis manos las crines de Jhon, clavé las ruedas de mis espolines en sus hijares, incliné mi cuerpo, rasgué la atmósfera fría á mi veloz paso, y recorrí la carretera como vuela el signo telegráfico á lo largo del conductor.

Villarubia es muy buen médico, pero aún es mejor cristiano y mejor amigo; por eso, cuando entrábamos juntos en la alcoba de mi mujer, mi ánimo estaba tranquilo y confiaba en aquel hombre como confía en Dios el náufrago que se ahoga. Julia estaba vestida y echada sobre el lecho; tenía los pies cubiertos con una manta, los ojos cerrados; estaba inmóvil y pálida, y oprimía con los dedos de su mano derecha un gorrito de punto que había concluído la noche anterior. La abuela Martina, la antigua criada de mis padres, trataba en vano de desabrochar el apretado justillo de mi esposa. Villarubia lo consiguió, y él y yo la desnudamos y abrigamos entre las ropas de la cama.

Biblioteca Nacional de España

Entónces pregunté por mi suegro, y supe que al dejarle yo había caído sin sentido sobre la nieve. Te confieso, Pablo, que aún no sé lo que pasó despues; tan sólo recuerdo que me dormí con los ojos abiertos en una silla de mi despacho, que á las diez de la noche sentí el vagido de un niño que llegó á mis oídos pidiéndome un beso, y que me levanté, y que fuí a dárselo, y que no se lo dí porque ví á Julia, á mi Julia, fría, lívida, con la boca manando una sangre negruzca, y lloré mucho, mucho, porque comprendí que se había muerto, y luégo, en el silencio de la noche, ví á Martina que decía sollozando:

—Si hubiera sido uno sólo, pero los dos, ¡Dios mío! los dos.

Levanté la cabeza como el timonel que siente en la calma y á lo léjos el ruído de la mar, y pensé en mi suegro. ¿Se habría muerto? Fuí á su cuarto y lo hallé atado; su boca arrojaba espuma, y al verme me llamó el asesino de su hija y de su nieto. Todo lo comprendí; volví á la alcoba de Julia, besé su frente, busqué mi hijo, no le hallé, y huí de mi casa; comprendí que me seguían para cogerme, y corrí, corrí sin descanso, porque tenía miedo, Pablo, mucho miedo. Vagué por el campo toda la noche, y, á la mañana siguiente atravesé Ferrol, llamando la atencion de las gentes porque iba descubierto y en el estado que podrás comprender; llegué al muelle, tomé un bote y me fuí á bordo.

Pablo, hoy hace un año de aquello; durante él, mi cuñado se ha apoderado de los bienes de mi mujer, y ha pagado con los míos no sé que deudas que yo habia contraído. Mi suegro sigue loco; á mí me han dado el retiro, porque dicen que estoy inútil, y todos aseguran que yo he sido el matador de mi mujer. Se fundan en que estaba tísica. Yo creo, Pablo de mi corazon, que soy inocente.

Nadie me quiere, nadie. Si hubiese sido uno sólo, pero los dos, ¡Dios mío! los dos.

No puedo continuar. Otro dia te escribiré más. Adios, y contéstame y quiéreme mucho.—*Jorge.*

Biblioteca Nacional de España

LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

¡Fortuna! ¿por qué no te acuerdas de mí?... Vivir. *To be or not to be, that is te question.* ¡Hermosa vida! Si ahora te amo tanto, ¿qué no te amara si te vieran mis ojos como la rica doncella que va al templo á desposarse? *To be, to be.* Vivir hoy para vivir tambien mañana. Vivir para gozar, para vengarse, para ser rico, poderoso. Vivir. Ser eterno.

No me aterra el porvenir, ridículo fantasma que está de moda. El porvenir es el presente del mañana, y mañana... ¡quién sabe!

El pasado se escribe con recuerdos en el libro de la memoria; el porvenir se oculta en el corazon envuelto en el velo del presentimiento.

Cuanto más se recuerda, más se presiente. He observado este hecho. Yo recuerdo bien. Vamos á verlo.

Ayer noche hizo treinta años que tenía seis. Vivía en esa hermosa casa. Aquel balcon era del despacho de mi padre. Fué el último año que puse mis diminutos zapatos al sereno. A la mañana siguiente había dentro del uno una pistola muy pequeñita; debajo del otro había colocado mi madre un libro de cuentos que tenía bonitas estampas. Yo leía entónces de corrido, y sin que mi padre me viera, copiaba, aunque de mala manera, sus proclamas, y daba las copias á mi maestro, sencillo regalo que me evitaba estudiar la leccion. Pues aquel mismo dia vino á buscar á mi padre un hombre muy gordo; mi padre estaba en casa, y, sin embargo, Lúcas, que

Biblioteca Nacional de España

acababa de vestirme para llevarme á paseo, le dijo estas palabras:

—El señor ha salido.

—¿Cuándo volverá?—preguntó el gordo.

—Dentro de quince dias.

—¿Cómo es eso?

—Está en Sevilla; se fué esta mañana.

—No es cierto.

—Le juro á V...

—Quiero ver á la señora.

—Le pasaré recado.

Lúcas se marchó. Yo me quedé en la antesala. Comprendí que algo malo pasaba para mi padre, y odié á aquel hombre con todo mi corazon. El gordo se acercó á la ventana que daba al patio y sacó de un bolsillo muchos papeles atados con una cinta encarnada, desató el legajo y se puso á leer en unos que ví con horror; eran mis copias, mis inocentes copias. Entónces creció mi entendimiento como la vena que va á sangrarse, y comprendí el suceso de igual modo que hoy lo comprendería. Aquel miserable policía se acercó á mi, y enseñándome mis delaciones me dijo:

—Tienes muy buena letra.

—Yo no he escrito eso,—le contesté.

—Si, hijo mío; acuérdate bien.

—No, señor.

—Bueno; pues escribe aquí debajo lo que quieras.

Y aquel bandido sacó de su bolsillo un tintero y una pluma, y me dió ésta ya mojada. Yo la cojí con mano temblorosa; copié la primera palabra que vieron mis ojos y le entregué el papel. Su redonda cara se puso roja, los dedos de su mano se crisparon, yo tuve miedo y huí. Había puesto su nombre, había escrito *Canalla*. Mi diminuta boca escupió entónces por primera vez en su conciencia.

Busqué á mi padre para contárselo todo; corrí por las habitaciones, y no le hallé; bajé al jardin, y le ví junto á la tápia del convento colocando una escalera; corrí á él, y cambiamos un beso de inmenso amor; trepó ágil, deshizo los vidrios que coronaban la pared. Yo le grité:

—Papá, te he engañado.

El, volviéndose hácia mí, me contestó:

—¡Dios te bendiga!

Y saltando al otro lado desapareció á mis ojos. Entónces dejé caer la escalera y la arrastré sobre la losa del

Biblioteca Nacional de España

paseo hasta el lado opuesto del jardin porque comprendí, no sé por qué, que así debía hacerlo.

Entré en la casa; mi madre estaba en el salon grande con el esbirro; me fuí al despacho, registré todos los cajones buscando las proclamas; no hallé nada en ninguno; yo, de piés sobre la mesa, inspeccionaba hasta las menores cosas; nada veía; por fin tropecé con un pié en el pupitre, y la tabla de su costado se cayó; comprendí que lo había roto, traté de arreglarlo, y mis ojos vieron los deseados papeles. Con mis pequeños brazos los sujeté contra mi pecho y los arrojé en la chimenea. En aquellos momentos entraba mi madre séguida del gordo. Este se precipitó sobre la papelera, la abrió, y cuando iba á registrarla, notando el humo que llenaba la estancia, miró á la chimenea, volvió los ojos, corrió á la mesa, puso su brutal mano sobre el pupitre, y gritó á mi madre con voz áspera:

—Esto es un secreto. ¿Dónde está lo que aquí había?

—Allí,—le contesté yo, señalando á la chimenea.

Fué hácia ella, cogió un papel que no había concluído de arder, y soltándolo enseguida salió de la estancia.

Yo creí que se había quemado; apagué el trozo que ardía sobre la alfombra, llevé á mis ojos el resto intacto y leí *Canalla* Sí, se había quemado el miserable aquel, pero era en la conciencia donde yo había escupido momentos ántes.

Despues nos fuímos á casa de mi abuelo. Aquel viejo llamaba á mi padre *calavera*, *perdido*, demagogo; qué sé yo cuántas cosas más. Pocos dias despues pasé con Lúcas por esta acera donde ahora se estrella mi saliva, miré á los balcones de mi casa, y le dije:

—¿Por qué no subimos á ver el retrato grande de papá?

—Ya no vivimos ahí,—me contestó llorando.

Yo me callé, y pensé. Había preguntado por mi padre varias veces, y nadie había querido decirme dónde estaba. Al comenzar la primavera me llevaron á un colegio. Allí lo pasé mal. Los alumnos estábamos divididos en dos bandos. El perro Leal y yo éramos rojos, los demás eran azules. Yo tumbaba á Leal en el suelo, y le decía con voz apénas perceptible:

—Leal, corre por los rojos.

El perro se levantaba y recorría como una flecha el paseo largo del jardin; luégo volvía á tumbarle y le gritaba con fuerte voz:

Biblioteca Nacional de España

—Leal, muévete un poco por los azules.

El animal parecía muerto. Esto irritaba á mis compañeros, y principalmente al director. El padre de uno de aquéllos era gobernador de la provincia, y uno de los dias en que vino al colegio le dijo á un inspector, señalándome á mí.

—Este debe ser el hijo del liberal G., el desertor de presidio.

El inspector le contestó que *sí*, riéndose grandemente. Aquella tarde colocaba yo á Leal entre mis piernas, ponía mi pañuelo sobre la arena del jardin y debajo del hocico del perro, y gritaba á éste:

—Leal, haz pedazos ese pañuelo, porque es de un liberal que se escapó de presidio.

El perro cogía el lienzo con sus dientes como oprimen el tallo de delicada flor los nacarados dedos de aristocrática dama; luégo yo colocaba el pañuelo de la rama más alta á que alcanzaba mi mano, y decía á Leal con dulce voz:

—Leal, no toques ese pañuelo porque es del capitan general.

Aquel perrillo estaba dando tremendos saltos muy largo rato; por fin lograba asir el pañuelo con sus largos dientes y lo despedazaba en pocos instantes. Esta nueva habilidad del perro me valió un encierro de quince dias. Cuando salí de él, el animal había desaparecido. Nadie tenía noticias de su suerte.

Una mañana, bastantes años despues, noté en el pueblo una animacion extraña; pregunté qué la motivaba, y me dijeron que había revolucion. Yo no podía ser sospechoso al portero, y sin dudarlo un instante, atravesé el portal y me encontré en la calle. Oí tiros de fusil, y me dirigí al sitio de donde procedían; llegué á la plaza, y ví á unos cuantos que disparaban al aire sus armas, cargadas tan sólo con pólvora. Entré en un café, y hallé unos señorones que iban, segun decían, á la estacion del ferro-carril á ver pasar los emigrados. Yo me fuí con ellos. El andén estaba adornado con banderolas de colores. Llegó el tren y vi...

—¡Lucas!—grité,—¿dónde está mi padre?...

—¡Hijo mío!

Poco despues el tren empezaba á marchar; yo, desde la ventanilla de un coche, veía con fruicion que todo se alejaba. Uno agitando su pañuelo, me decía:

—Adios, hermoso.

Biblioteca Nacional de España

Yo me reí de aquel cobarde. Era el capitan general del distrito. Despues no hice nada, y aprendí todo lo malo que sé.

Un dia salí de Madrid, y al siguiente estaba en L. Allí me esperaban algunos cientos de amígos; luégo corrimos y matamos, y á algunos por la espalda porque huían. Por fin aquello se deshizo, y yo volví á desgastar mis zapatos en las losas de la calle de Sevilla.

Pasaron años, y un dia me dió mi padre una credencial. Se me nombraba en ella oficial de un ministerio cuyo nombre estaba en blanco: debía desempeñar aquel destino en C. Salí aquella misma noche y no he vuelto hasta ayer.

He dejado el cadáver de mi padre envuelto en tierra extranjera y he hallado el de mi madre en una gran fosa donde descansan los hijos desheredados de la sociedad, los hijos malditos del trabajo, de esa entidad que temen y odian los ricos; los hijos espúreos de la prostitucion cuyo nacimiento niega la madre y avergüenza al padre, los bienaventurados que tienen hambre y sed de justicia y que nunca serán hartos.

Ayer noche corrían por estas calles grupos de hombres y mujeres en el asqueroso estado de la embriaguez, alumbrando su camino con groseras hachas que llenaron de un humo asfixiante mi buhardilla. Buscaban los Reyes. Béstias. Yo tan sólo busco uno, y esta tarde lo percibirá mi mirada al recorrer tranquila el cañon de mi escopeta. No despues. Ya te ven mis ojos seguido de despreciables lacayos. Tú sobraste en el banquete de Europa, cuando se comió tu raza. Tus huesos carcomidos por el vicio y la molicie serán suculento festin para los perros. Cuando pases delante de la boca de esta arma que oprimen mis manos dejarás de existir. Encomiéndate á Dios.

.....

.....

Me buscan. He errado el tiro. Maldito sean mis ojos. Yo preso... nunca. La muerte es el reino de los hombres libres.

¡Maldito seas! ¡Madre mía!

.....

.....

«El loco que intentó esta tarde asesinar á S. M. se ha »suicidado en un momento de razon.»

Biblioteca Nacional de España

CARNAVAL.

Yo era rico entónces, y Julio Bessors vino á mi casa á pedirme dinero. Julio era joyero y compraba alhajas en el Monte de Piedad, que vendía despues en provincias á un elevado precio. Iba á comprar y necesitaba algunos miles de reales que le presté. Yo nunca había asistido á una subasta en el establecimiento que he citado, y, aunque mi amigo hubo de rogármelo bastantes veces, jamás accedí á sus deseos. Prestar con interés, y siempre con el mismo sobre cosas diferentes, no es bueno en absoluto. Yo así lo creo.

Aquel dia, no sé por qué, olvidé mis escrúpulos y fuí con Julio á ver las alhajas que habían de venderse á la mañana siguiente. Casi todas eran viejas ó estaban rotas; muy pocas tenían importancia por su valor intrínseco ó por su hechura. Mi compañero compró una lista impresa de todas ellas, la cual empecé á leer buscando (loco de mí) un renglon redactado aproximadamente en estos términos: «Doce cubiertos, plata, de tanto á tan»to, empeñados por doña Fulana de Tal tres meses des»pues de quedar cesantes su marido y su hijo con moti»vo de la crísis ministerial originada por el discurso de »Zutano, Tanto.»

Así me hallaba cuando oí á Julio que me decía:

—Compra esto.

—¿A ver?

Biblioteca Nacional de España

—Mira; para que conserves lo que dices en tus versos:

De todo aquello, Elvira, que me diste,
Sólo guardo en el arca algunos pelos.

El objeto, cuya adquisicion me proponía mi amigo, era una hermosa caja de plata de unos veinte centímetros de largo; su precio de venta era *mil ochocientos veinte reales;* estaba cerrada; aquello era extraño; el que la empeñó no tenía la llave; hubo precision de tasarla así; todo esto lo averigué en pocos momentos. ¿Qué habría dentro? Tal vez una inmensa fortuna, multitud de brillantes, oro, tal vez nada, ¡quién sabe! Yo revolvía la caja entre mis manos. Cada vez que la miraba me parecía mayor; su peso crecía por instantes. Positivamente, contenía algo que chocaba contra las paredes del cajoncito cuando se movía éste bruscamente. Aquello era asombroso. ¿Qué viviría allí dentro olvidado cruelmente en aquel bonito encierro? yo pensé: contesté friamente á cuanto me dijo Julio, y luégo nos marchamos, y le dejé, y me volví á mi casa. No comí, ni dormí, ni fumé, ni hablé; ni hice nada: sí, pensé en lo que habría dentro de la caja; al día siguiente fuí el héroe de la subasta; logré la alhaja por *tres mil seiscientos cincuenta y tres reales,* la cojí y me encerré con ella en mi cuarto, miré alrededor mio, no había nadie; introduje por debajo de la tapa, y junto á la cerradura, la hoja grande y fuerte de un cuchillo, hice un pequeño esfuerzo con aquella poderosa palanca y la tapa se levantó con fuerza; lo primero que dentro vieron mis ojos fueron algunas gotas de sangre; retrocedí, volví á acercarme; aquella sangre estaba fresca, caliente, era de un vivo color rojo; lo comprendí enseguida; al abrir la caja me había hecho una cortadura en un dedo: lo que hallé luégo voy á contarlo. En la tapa, y por su parte interior, habia una tarjeta que decía «El Excmo. Sr. Marqués de... á Juana;» en el fondo fuí encontrando una corbata de encaje para señora, un par de guantes blancos de medio brazo, una cinta de gró azul, otro par de guantes blancos de tres botones, un papel con escarcha, una moneda de cinco duros, cuatro de á dos pesetas, un medio duro y un real de plata; debajo de todo había dos cartas: el sobre de la una tenía escrito lo siguiente: «Sra. D.ª Juana de San Juan. Paseo del Cisne, Hotel núm... Madrid.» El de la otra «B. L. P. Sra. D.ª Juana San Juan, S. S. P. O.» La primera carta decía «Excma. Sra. D.ª Juana de San

Biblioteca Nacional de España

»Juan. Excma. Señora: Tengo el honor, segun órden »del Excmo. señor Marqués, de enviar á V. adjunto un »billete de mil pesetas. V. E. sabe que soy su obe»diente criado, José Calesas,» y la segunda «Esta noche »vendrás conmigo al teatro, vístete bien y condúcete »con crianza. Pedro Oressa.»

Despues no hallé nada más, y eché de ménos el dinero que había gastado para lograr aquel cajoncillo que parecía hecho de plomo viejo.

.....

Como daba tan mal olor una de mis medicinas cuando estuve enfermo de la boca, resolví hacer uso de esencias, por primera vez en mi vida, y Luisa, que es tan buena, me envió de su tocador un frasquito que tenía en mucha estima; por fin curé y hube de volver á mi destino; empaqueté todo mi mobiliario, coloqué en la célebre cajita mis pocas alhajas y la cerré con su nueva llave; ya todo estaba listo. ¿Y el frasco de Luisa? ¡Ah! sí, aquí está. ¿Dónde lo coloco? Todo está cerrado. En la caja estará bien, porque ésta es alta y así podré colocar aquél de tal modo que no se vierta. Abro el mueblecito. ¿Qué veo? ¡Tan poco fondo! Aquí debe haber un secreto. ¿Dónde? ¡Oh! lo encontré. *Gratia tibi domine.* Saltó. Eureka. Un librito de memorias. ¿Dónde voy? Es domingo de Carnaval, todos los cafés están llenos, aquí me siento. Gracias, Señor, gracias, encontré lo que buscaba. Veamos.

«*Notes.* Aurora Glasé, modista, Carrera de San Je»rónimo. Ha hecho el vestido de Lola. Está tableado »por delante con mucha gracia. Los cogidos de atrás »son sencillos No me gustan las colas bajas.

»El sábado es día de moda. Necesito un palco.

»Hoy, veintitres, he tomado á Natalia.

»He de averiguar dónde está el Danubio azul. Juan »debe saberlo.

»Mañana no hay ópera. Cena en casa. Confitería, se»senta. Repostería, ciento sesenta. Ayer no hubo judías »en ninguna parte.»

Tras esto seguían multitud de sumas y restas; por ellas se veía que la autora del manuscrito no sabía multiplicar ni dividir.

«La estera de verano en la calle de Cedaceros. No es »cierto que esté casado Ella vendía flores. No es por»tuguesa. Ha estado allí. El juega, llevaba ayer una ba»raja en el bolsillo. Yo sabré lo demás.

Biblioteca Nacional de España

»No me conviene salir hasta que no se vaya la baro-
»nesa; así veré si Enrique se va con ella ó me aguarda
»á mí.

»Preparativos de viaje. Ropa de baño. No me gustan
»las faldas nuevas, son muy cursis. Dos trajes enteros,
»tal vez necesite abrigo. Los dos que tiene Aurora de-
»ben estar el quince. Lola lleva un saquito de piel de
»Rusia. La baronesa, valiente fea. Se llevó chasco. Al
grano. Ropa blanca. Veremos. Tengo que comprar. Lle-
»nar todo lo de la caja, jabon y el frasco grande. Tengo
»manta, los zapatos y las zapatillas el quince.

»Hay que...

»Soy feliz. Enrique me ama.

»Aún me quedan dos duros.

»Dos hojas en blanco.»

«HISTORIA DE MI VIDA.

»Madre mia. Tú me ves desde el cielo, y estas lágri-
»mas que caen de mis ojos sobre mis manos subirán
»hasta tí como llega á Dios el suave aroma del oloroso
»incienso que arde en los altares. Madre mía. Madre.
»Madre. Aquí, ante esa inmensa extension que anuda
»el infinito de la tierra; ante estas ásperas breñas, estas
»raras rocas que esperan tranquilas la bramadora ola
»para convertirla en mil pedazos de blanca espuma;
»ante ese azulado techo que brilla de noche como la her-
»mosa venturina á la luz del sol. Aquí, ante Dios y ante
»mi conciencia donde vive en mi sér, juro decirte la ver-
»gonzosa verdad de mi vida. Quiero contarte mis flaque-
»zas para que me las perdones y mis virtudes para que
»me las alabes. Cuando mi lengua te lo haya contado
»todo enviaré mi alma hasta tí, y tú pedirás á Dios mi-
»sericordia para ella.

»¿Te acuerdas, madre, del dia en que te abandoné? Tú
»estabas enferma, muy enferma; sufrías mucho, tenías
»frío, había llovido y el suelo de nuestra buhardilla es-
»taba mojado; sobre tu cama caían aún algunas gotas
»de agua; yo te quería, sí, pero aquella mañana las seño-
»ras del principal me habian aturdido completamente.
»Siempre me detenían en la escalera para hablarme de
»sus goces, de sus trajes; todas las noches iban al baile;
»aquella debían ir tambien; me probaron un hermoso
»vestido, y yo me resolví á acompañarlas. Venía con
»nosotras su primo; luégo te pusiste peor; empezó á os-

Biblioteca Nacional de España

»curecer; tuve miedo; dormías; me acerqué á la puerta; »no subía nadie. Por fin dieron las diez, oí pasos en la »escalera, era un hombre; dió algunos golpes en la puer»ta con los nudillos; abrí... ¡Hija mía! me gritaste; qui»se volver á entrar; el desconocido me cerró el paso y »luégo, dando un fuerte portazo, me dijo: «Baje V. her»mosa,» y bajé...

»Aquello era seductor; tenía la atraccion del abismo; »un hermoso lago de luz donde se agitaban hermosas y »galanes brillando con sus ricos vestidos y sus raras »joyas como el pececillo que al inclinarse allá en la mar »refleja en sus escamas de plata el rayo del sol. Yo me »dejaba arrastrar por un hombre hermoso cual ningu»no; dábamos vueltas sin cesar. Su brazo derecho me »oprimía fuertemente por la cintura; su mano izquierda »abrazaba mi derecha, y así, girando rápidamente, ro»zaban mis lábios con su hermoso cuello, mis piernas »se adosaban á las suyas, y mi seno chocaba á cada »vuelta con su pecho de bronce; luégo comí unas cosas »raras, bebí mucho; estábamos en un cuartito que lla»man palco; él besaba mis manos, arrebataba de mi »boca lo que iba á comer para entregármelo luégo cogi»do entre sus dientes; su rostro se puso rojo como la »grana; sus manos temblaban; se levantó, echó sobre »mis hombros un chal de nuestras vecinas y me arras»tró hasta la puerta; subimos en un coche; aquello era »hermoso, madre, me mareé por completo, y, luégo... el »miserable me decía que estabas buena, que no necesi»tabas nada; un dia logré escaparme; fuí á verte y supe, »madre de mi corazon, supe que habías muerto, y lo he »estado llorando toda mi existencia.

»Ciertas vidas tienen una característica comun como »frutos que penden de una misma rama. Yo hice lo que »todas; aquel noble era poderoso, y yo fuí rica en nom»bre del excelentísimo señor marqués. Pasó un año; era »Carnaval y domingo; yo iba en un coche sola, porque la »desgracia va sola siempre. Estábamos en el Prado; un »máscara subió al carruaje y tomó asiento á mi lado: »despues, con voz ronca que mal encubría irritada cóle»ra:—«Juana eres una infame,»—me dijo.—Yo quedé »sobrecogida de asombro.—«Hoy hace un año que aban»donaste á tu madre, y mañana hará otro que te quedas»te huérfana. ¿Has venido á este paseo á rezar por ella »á Dios?» Yo nada contesté; á los pocos instantes pasó »el marqués á caballo por mi lado.—«¿Qué haces másca-

Biblioteca Nacional de España

»ra?»—preguntó á mi acompañante. Este se levantó, »me señaló con el dedo y contestó:—«Estoy bromeando »con tu manceba.» Una bofetada no hubiera puesto más »rojo el rostro de mi amante.—«A casa,»—dijo al coche»ro. El máscara me preguntó en voz baja:—«¿No me co»noces?»—«No.»—«Soy Juan, acuérdate; yo era tu no»vio.» Oculté el rostro con mi pañuelo; pocos momentos »despues estaba sola. Pasaron quince días. Juan era mi »amante clandestino, amante raro. Sólo tenía amor al »dinero, yo le daba mis joyas, mis trajes, todo cuanto »tenía, él jamas...»

Aquí faltaban muchas hojas al manuscrito, las cuales habian sido cortadas con un cortaplumas; luégo seguía así:

«no de Oreja se hacía llamar Oressa. Esto duró poco.»

A continuacion estaban tachados algunos renglones; luégo había escrito con letra de hombre:

«Los dos juramos ser muy felices y amarnos toda la vida.»

Y había debajo dos firmas: la una decía *Juan* y la otra decía *Juana*. Seguían muchas cuentas y una lista de términos marineros; en la última hoja había esta nota:

«Ahora que lo necesito se concluye el cuaderno. Juan »ha prometido traerme otro.»

Despues ya no había nada, traté de averiguar lo que faltaba de aquella historia, pero en vano. Un año despues fuimos juntos á la mascarada del Prado mi amigo Cárlos Gottá y yo. Cárlos era un hombre inapreciable; su físico era hermoso, su alma era más bella aún, pero su carácter era sombrío; cambiaba de conversacion en cuanto se le hablaba de amores; por lo demás era bueno.

Volvíamos de la rara diversion cuando álguien gritó á nuestra espalda: «Adios, valiente, ¿por qué dejaste asesinar á Juana?» Mi amigo se volvió rápidamente, su aspecto era amenazador, la gente formó círculo en torno suyo, yo le cogí por un brazo y me alejé con él de aquellos sitios; llegamos á mi casa sin cambiar una sola palabra; permanecimos sentados algunos momentos y luégo me levanté, busqué la cajita entre mis ropas y la puse sobre las rodillas de Cárlos.

¿Habeis visto al rayo tronchar el árbol corpulento? Pues algo parecido pasó allí: luégo la reaccion fué espantosa; aquel hombre, aquel loco, aquella fiera, contrayendo sus miembros con fuerza desmesurada, removiéndose en el sillon como condenado en el tormento,

Biblioteca Nacional de España

me decía en voz baja:—«Ella merecía su fin; cuando Pe»dro la abandonó ya Juan estaba casado y la dió cuanto »de ella había recibido; pero la maldita le hizo abando»nar su mujer y su hijo; luégo vivían juntos en la boca »del puerto. Yo la amé. Juan viajaba, y yo, entretanto... »Una noche, hoy hace un año, estábamos juntos y entró; »traía un cuchillo en la mano derecha; la ventana caía »sobre el agua; salté por ella, nadé mucho; al día si»guiente supe que el asesino se había suicidado. Yo te»nía esta caja en mi poder; la adquirí al vender el juz»gado los muebles de aquella casita; luégo la empeñé »una vez que fuí á América, perdí la papeleta y no he »vuelto á acordarme de semejante alhaja.» Cárlos calló. Aquella noche había baile en el Teatro Real y fuimos á pasar un rato en él.

Biblioteca Nacional de España

SEMANA SANTA.

—Pepe, eres un tonto, tu pasion por el juego te perjudica mucho; te sobra el trabajo, porque trabajas bien, y en cuatro horas te ganas á veces más de dos duros. Hoy escasean los grabadores buenos, tal vez porque hay muchos malos. Pudieras ser rico y no lo eres. ¿Por qué juegas tanto?

—Si te aprovechas de que estamos en Cuaresma para echar sermones, te aseguro que pierdes el tiempo dedicándomelos á mí. Algunos, como tú, á fuerza de regalar moral al prójimo, os quedais sin ella.

—Te ocupas de otro asunto distinto del que tratamos. El que yo tenga vicios no es razon para que los tengas tú, y, sobre todo, bien sabes que te puedo servir de modelo en virtudes. Ahora tratamos únicamente de que haces mal en jugar, y vuelvo á preguntarte: ¿Por qué juegas? ¿Lo haces para ser rico? No es cierto Cuando ganas un duro lo tiras enseguida. ¿Juegas acaso por buscar sociedad? Tampoco, porque muchas veces abandonas á tus amigos para meterte en un garito donde apénas se habla y donde no ves sinó extraños. ¿Por qué juegas, Pepe, por qué juegas?

—Si fuera otro quien me hiciera esa pregunta le contestaba con el baston; pero tú eres mi amigo, me lo has demostrado y voy á decirte las razones que tengo para hacer una cosa que, dicho sea de paso, no ofende á na-

Biblioteca Nacional de España

die, y, por consiguiente, á nadie le importa; pues yo puedo hacer de mi dinero lo que me parezca conveniente, supuesto que nadie lo gana por mí, y con esto ya estabas contestado, pero, no obstante, continúo. Yo no tengo más capital que mis manos y mis ojos. Trabajo, mal que pese á tus teorías, por necesidad, por precision. Si tuviera una buena renta no trabajaría. Yo no tengo ni padre, ni madre, ni familia alguna. A mí no me gustan las mujeres, porque la mejor de todas ellas es la ménos mala; ódio los hombres, porque cada día que pasa se van pareciendo más á las mujeres. El vino me hace daño, la ciencia me apesta, es una familia cursi con muchísimas pretensiones; la literatura es una prostituta, sólo procura agradar á quien la paga; si alguna vez la ves bien vestida puedes asegurar que lleva traje ageno. Si no juego me aburro, y hé ahi por qué juego.

—Cásate.

—¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con quién?

—Porque es bueno, para que seas bueno y con una mujer buena.

—Antes de entrar en discusion, ¿por qué no te casas tú?

—Pienso hacerlo.

—Pues cuando tú lo hayas hecho hablaremos del asunto.

—Eres incorregible.

—Bueno; basta de sermon. ¿Dónde vas á pasar la Semana Santa?

—Aquí en Madrid.

—Lo siento; yo me voy á Sevilla; ya no puedo volverme atrás, entre otras cosas, porque tengo con el director el compromiso de entregar allí diez mil reales que ya me ha dado. Haces mal en no venirte conmigo; lo pasaríamos bien.

—Ya sabes que estoy muy ocupado.

—¿Con la rubia?

—Qué malicioso eres.

—Estupidez de amante; negais aquello que quisiérais ver pregonado por toda la ciudad. Estoy convencido de que todo el mundo está loco y de que yo soy el único cuerdo.

—Delirios de enfermo; siempre soñando que va de viaje.

—Volvemos á discutir; creo lo más prudente que paguemos y nos vayamos.

Biblioteca Nacional de España

—Sí, vámonos.

—¿Te vienes conmigo ó te marchas á tu casa?

—Me voy á dormir.

—Adios. No reces; ya has hecho hoy bastante para con Dios convirtiendo á un impío.

—Ya te convertirás tú solo.

—Soy mal apóstol. Adios.

—Adios.

—¿Dónde voy? Vamos á jugar un rato. Algo de razon tiene Antonio; la verdad es que el tal entretenimiento me cuesta mucho dinero, y, por consiguiente, mucho trabajo; pero no siempre han de venir la contrarias. Ayer, si juego un rato más, me hago de oro; pero se me acabó el dinero. Esos chicos andaluces juegan muy limpio, y además son unos caballeros; jamás tienen una disputa; lo mismo se les dá á ellos cien duros que á mí una peseta. Ayer... ¡qué atrocidad! nueve derechas seguidas. Por fin quebró, pero ya no era tiempo; el rubio amigo de los andaluces sí que hizo negocio. Se estuvo doblando en las nueve, y al cambiar metió más de tres mil reales á la sota; fué un cambio á tiempo, se llevó un dineral. Mala cara puso el banquero; cogió los pocos cuartos que había encima de la mesa y dejó de tallar. Parecía estar muy incomodado; los dos andaluces tomaron café y no convidaron al otro: deben haber hecho las paces porque esta tarde los ví juntos.

Bien mirado, cualquiera cree que hay aquí casa de juego. El otro día venía un inspector delante de mí, y al llegar á la esquina se metió por la otra calle. Inocente. Qué lleno está esto; bien se conoce que tallan esos muchachos. No juego hasta más tarde. No me gusta estar de pié.

—¿Quiere V. sentarse?

—No, gracias; siempre me ofrece V. el sitio cuando vengo, pero esta noche no quiero molestarle.

—No es molestia. Siéntese V., yo lo voy á dejar.

—Siendo así... ¿Cómo va el juego?

—Está loco. Hay que jugar martingalas.

—El cinco contra el tres. Mucho dinero tiene la banca. Muy buenas, señores.

—Buenas noches.

—A ver; uno que venga de la calle que nos dé juego.

—Allá voy. Cinco duros al cinco. No debiera haber jugado tanto, pero me miraba todo el mundo y no iba

Biblioteca Nacional de España

á poner una peseta. La verdad es que me gusta más ese tres de oros.

—¿Juega V. al gallo?

—Caballo y rey. No tengo juego, pero ahí van cinco duros para las dos.

—¿A las de abajo?

—Sí.

—A ver que tal ojo tiene ese señorito.

—Me fastidia ese tío. ¡Si creerá que yo soy ménos hombre que él porque llevo chistera! No sé si decirle alguna grosería. Es malo hacerse de miel. A la primera vez que vuelva á aludirme le tiro la silla y...

—Juego.

—Cuatro, siete, as, dos, cuatro. Voy á perder; seis, sota, sota, otro siete, otra sota, un cuatro, caballo. Estoy de buenas. Ojo, no me vayan á levantar un muerto para que le vaya tomando el gusto.

—Cinco duros.

—Cinco. Al ménos en esta talla no pierdo. Buen gallo. El caballo no tenía más que cincuenta reales.

—¿Ha ganado ese caballero?

—Sí, señor; y V.

—Yo no tengo pierde.

—Valiente tío. No sé qué decirle

—Juego.

—Vamos allá. Un rey; cerquita andaba; seis. ¡Bajó! ¡Cinco! Decididamente estoy de suerte. Diez duros de ganancia. Vamos á hacer juego: ninguno lo lleva. Todos juegan sin saber por qué. Ahora se han dado izquierdas y el gallo. Bueno es saberlo. Me parece que voy á hacer dinero. Me vendrá bien para el viaje.

—¿Quién corta?

—Venga aquí. Dios ponga tiento en mis manos. As y dos. No juego hasta que no echen el gallo. ¿Y si se dobla alguno? Allá voy. Cinco duros lleva el as.

—¿No tiene moneda más chica ese caballero?

—No, señor. ¿Le interesa á V.?

—Era por ver si quería V. cambiarme una peseta de cinco reales.

—Baje V. á la tienda.

—No se incomode V. que no lo merece la cosa. ¿Quiere V. tomarse media columnaria en café?

—No hay inconveniente. Ahí va esa sin columnas para que se fume V. la mitad.

—Señores, un poco de silencio.

Biblioteca Nacional de España

—¡Hola! Otra vez cinco y tres. Los cinco duros del as casan con el cinco; cinco duros de cinco y dos, estos cinco al cinco, otros cinco á las de abajo.

—Parece que está V. pregonando el número de la lotería que sale mañana.

—¿Le ha hecho á V. gracia?

—A mí, sí, señor.

—Y á mí tambien.

—Pues júntese V. con un perro chico para que sea más gente.

—Señores, tengan un poco de silencio.

—Me parece que á ese tio le voy á romper algo. No sé que daño le haya hecho yo...

—Juego.

—¿Perderé? He arriesgado mucho. No me contengo. Un rey, otro, un cuatro, una sota, seis, baja, baja, baja. ¡Dios mio! Pinta de bastos; el cinco es de oros. No se vé el número; el tres, es de copas. ¡Ah! ¡El cinco! Todos me miran. Debía haber puesto mucho más.

—Cinco.

—Cinco.

—Cinco.

—Cinco. Buen golpe ha sido éste. Si sigue así...

—Cinco.

—Cinco. He hecho la jugada más bonita de toda la noche. Si lo sé copo al cinco. Tenía fé en él. Le hubiera puesto el alma.

—Cinco.

—Cinco. Total veinte duros, y diez de ántes treinta duros gano; al primer cinco que venga lo meto todo. ¿Qué le parecerá este golpe al gañan ese? Oiga V., ¿han ido á América por el café?

—No, señor. Es que no hay leche hasta que no salgan las burras.

—La verdad es que tiene buenas ocurrencias.

—¿Sabe V. lo que estoy viendo?

—¿Qué?

—Que se le puede sacar muy poca plata á la peseta que V. me ha dado.

—¿Es falsa?

—No, señor; apénas se la mira ya dice lo que es. No engaña á nadie. Véala V.

—Demonio de tio, ha cambiado por otra la que yo le dí. Bueno: ahí tiene V. un duro, á ver si le puede V. sacar una peseta y déme V. las otras cuatro.

Biblioteca Nacional de España

—¿Va V. á hacer una finca?

—No, señor. ¿Por qué?

—Como anda V. recogiendo escombros.

—Y á V., ¿qué le importa? Déle V. las cuatro pesetas al mozo y déjeme V. en paz.

—Señores, silencio.

—No se incomode V., y déme un pitillo y haremos humo miéntras viene la breva. A propósito de breva...

—Señores, tengan un poco de silencio.

—No juego ahora. Si; no quiero perder el tiempo. Se vienen dando izquierdas. Quince duros de rey y seis.

—No gaste V. los tacones tan altos que se va V. á resbalar.

—Yo no me caigo aunque vaya en zancos.

—¿Quiere V. jugarse otros quince conmigo?

—Allá van.

—Los va V. á perder.

—Me importa poco.

—Dése V. una vuelta por la calle de Alcalá y haga usted una caridad con el ministro.

—Este se cree que yo soy un cualquiera. Voy á poner cinco duros más á izquierdas. No; aquí tengo papel del dinero del Director. Veinte más con los cinco duros de rey y seis.

—Señorito, que se le va á V. el equilíbrio. ¿Quiere usted jugarse conmigo veinte más?

—Sí, señor; ahí los tiene V.

—Se va V. á ir sin chistera.

—No será V. el que la pague.

—Una onza soy caballo.

—Aquí este caballero que juega al seis.

—Allá van veinte duros para hacer la onza.

—Bueno; ya sabemos que sobran cuatro.

—No me dará V. la vuelta.

—¿Juega álguien más?

—Vamos, tire V.

—No tenga V. prisa, señorito, que no es V. sólo.

—Le está esperando su mamá para meterle en la cama.

—Es que necesita dinero para hacer buenas obras.

—¿Ha dicho V. que copaba?

—No, señor... Sí. ¿Qué hay en la banca?

—Con ocho mil reales estamos pagados.

—Va copado el seis.

—Silencio, señores.

Biblioteca Nacional de España

—Juego.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco. No viene. Tarda, ocho, ¡Dios mio! nueve, diez, ¡madre de mi corazon! once. ¡El caballo!

—Silencio, silencio, señores. Aquí nadie tiene que cobrar nada. A ver ese caballerito que está llorando, llevarle á la inclusa.

—Caballero, haga V. el favor de retirarse. Aquí no queremos párvulos.

. . . . . .

. . . . . .

—Hoy es jueves; todo el mundo me supone en Sevilla; hace seis días que no salgo de casa; si al ménos viviera en un cuarto interior, pero aquí... Por delante de esta reja han pasado hoy muchos de mis conocidos, entre ellos Antonio; iba con su novia, es bonita, parecían ambos muy satisfechos. ¡Qué mal le sienta el sombrero alto! Pero al ménos es feliz, y yo... ¡Maldita suerte! No sé para qué nací. A nadie soy provechoso, ni áun á mí mismo; pero qué hacer. Aquí estoy encerrado como una fiera: en cuanto anochezca saldré un rato. ¿Dónde encontraría dinero? Si hoy tuviera suerte. ¡Oh! No. Volver otra vez á ser la mofa de todos. Lloré, fuí un cobarde. Jamás me lo perdonaré. Además, no tengo dinero. Si pudiera encontrar quien me diera algo, tal vez en un momento de fortuna... pero, ¿quién? Si quisiera mi patrona... Me dijo el otro día que tenía ahorrados sesenta duros y que quería emplearlos en cualquier pequeño negocio. Sí, eso es. Veamos. Doña María...

—¿Es V. quien me llama?

—Sí, señora. ¿No me dijo V. que deseaba colocar unos cuartos?

—Sí.

—Pues se le presenta á V. una ocasion excelente.

—A ver.

—Una ocasion magnífica. Mañana decididamente me marcho á Sevilla. Allí hay muy buenas maderas; compro con ese dinero algunas planchas, las vendemos aquí y hacemos de cada duro cincuenta reales.

—¿Y eso es seguro?

—Segurísimo.

—Mire V. que yo no quisiera exponerme.

—Es un negocio que no tiene quiebra.

—Pues siendo así cuente V. conmigo. Mañana le daré á V. el dinero.

Biblioteca Nacional de España

—El caso es que lo quisiera hoy en parte porque voy á arreglar la maleta y además porque tengo proporcion de que me lo cambien en oro, lo cual es una ventaja.

—Bueno, pues voy por los sesenta.

—Salimos del primer paso. ¡Fortuna, Señor, fortuna!

—Tenga V., D. José, y Dios nos dé buena suerte.

—Falta hace, pídaselo V. de veras. ¿Quiere V. que le extienda un recibito?

—No, señor. Nosotros ya nos conocemos, y bien sé yo lo formalote y honrado que es V.

—No importa. Puede ocurrir cualquier cosa.

—¿El qué?

—Lo imprevisto.

—No ocurrirá nada. No quiero yo recibos de V.

—Está bien. Sea como V. quiera.

—¿Tiene V. algo que mandarme?

—No, señora.

—Traeré luz.

—No hace falta porque voy á salir ahora mismo, entre otras cosas, á cambiar.

—Ea, pues, hasta luégo.

—Vaya V. con Dios. Animo; parece que todo se va arreglando. Vamos á jugar á vida ó muerte. Esta noche á la ruleta. Se gana más en ménos tiempo. Ya es de noche. A la calle. ¡Qué animacion! Voy á encontrarme con algun conocido. Tomemos por esta callejuela. ¿Qué hará ahora Antonio? Parece mentira que haya hombres tan tontos; y, sin embargo, discurre bien, pero es un babieca; siempre predicando moral. Si no lo hiciera de buena fé sería insufrible. Ya estoy cerca. ¡Oh! Si gano qué gran noche voy á pasar... y ganaré, seguramente. ¿Qué dirán cuando me vean? Hoy les probaré que no soy ningun niño. Fuí un cobarde. No debí llorar. Ya estamos. Es extraño, nadie se ha fijado en mí; parece que no me han visto en la vida. A la ruleta me voy. Poca gente hay. Esto está siempre ménos animado.

—Señores, hagan juego.

—¿Qué ha salido ántes?

—El veinticinco.

—Tercera docena; pues á la tercera pongo un duro. Veremos si estoy de suerte.

—El treinta y seis encarnado.

—No me puedo quejar. No cabe duda que es tercera.

—Dos para uno de tercera.

—La verdad es que si juego tan poco voy á perder el

Biblioteca Nacional de España

tiempo. Vamos á poner cinco duros á tercera; otros cinco á pares y otros cinco al encarnado. Animo. Ahí van otros cinco á pasa. Si se repite el treinta y seis doy el gran golpe. Voy á ponerle un duro. Ya va rodando la bolilla. ¡Cómo me late el corazon! Buena señal. ¿Qué saldrá?

—El siete negro.

—Maldito sea. Maldicion. He perdido veintiun duros, es decir, diez y nueve, porque gané dos ántes. Esto es cuestion de vida ó muerte. ¿Qué me queda? Cinco y cinco, diez, y diez veinte, veinticinco, treinta, cuarenta; total cuarenta y un duros. Ahí va todo á primera. Si no gano voy á hacer pedazos el Universo. Cuanto tarda en caer esa bola. Vamos.

—El once negro.

—Soy feliz.

—¿Qué hay ahí?

—Cuarenta y un duros.

—Que hacen ochenta y dos.

—Siguen con estos en primera.

—Como V. guste.

—Parece que he producido efecto. Todo el mundo me mira. Ahora ganaré doscientos cuarenta y seis pesos; enseguida lo pongo todo á pares, gano y me voy. Ya cae, ya cae.

—El treinta y cinco negro.

—¡Maldicion!... ¡Me marcho!... ¡Esto es horrible!... ¡Dios maldito! ¿cuándo acabarás de maltratarme?... ¡Cuánta gente!... ¡Partida de estúpidos! ¿Qué hago?... ¿Dónde voy?... ¡Esto es horroroso!... ¡Maldita sea mi suerte!... ¡Dios, Dios, parece que te estás mofando de mí!... ¿Qué hacer?... ¡Estoy perdido! A estas horas sabrá el Director que no he ido á Sevilla. ¡Me pedirá su dinero!. . ¿Qué hago?... ¡Y esa infeliz mujer tal vez en este momento esté pensando alegremente en sus futuras ganancias; ese dinero que era el pobre fruto de su constante ahorro!... ¡Ah! soy un malvado... Pero, ¡Dios mio! ¿por qué me abandonas así? ¿Qué resolucion tomo?... ¡Mañana mismo expuesto á la vergüenza de todo el mundo, hecho un miserable que todos se complacen en señalar con el dedo... luégo... el presidio!... Yo preso, deshonrado para siempre, prefiero morir. Si tuviera valor para suicidarme... pero ni aún tengo esa arma. ¡Ah! sí; gracias, Señor, gracias; ya sé cómo matarme. ¡Morir ahora que estoy lleno de vida, ahora que opri-

Biblioteca Nacional de España

miría el mundo entre mis dedos y lo haría millones de pedazos!... ¡Mañana el presidio y la infamia eterna! ¡Oh! ¡Es preferible la muerte! ¿Qué es eso? Una iglesia aún abierta. ¡Si es Jueves Santo! Voy á entrar á despedirme de mi madre. ¡Yo sabía rezar! ¡Pobre madre mía! ¡Si me viera ahora!... ¡Qué hermoso es esto! ¡Qué iluminado está! Se siente aquí un perfume tan grato. ¡Este silencio, esta nave tan alta! ¡Cuán grande es Dios! ¡Ah! ¡Si yo no fuera un miserable sabría rezar! Me da vergüenza; todos saben, hasta los niños más pequeños, y yo... Creo que estoy malo: se me va la cabeza... ¿Qué es esto? Apénas puedo sostenerme. Voy á sentarme en aquel banco. ¡No sé si llegaré!.. ¡Dios mio! ¿Qué me pasa? ¡Dios mio! Tened piedad de mí... Me caigo... No llego... ¡Ay! ¡Ay, madre! ¡Ay! ¡Dios! ¡Madre mía!

.....

«Señora doña María Gutierrez. Muy señora mía y de mi mayor respeto y consideracion: He recibido su grata que me honró. Desgraciadamente ha sido V. víctima de un miserable estafador, y siento que esto haya atacado á su salud. Su huésped de V., D. José Molé, no se ha fugado como V. supone. Segun me he enterado, ese canalla jugó y perdió hace pocos días diez mil reales que yo le había entregado para un asunto particular mío. Por lo que V. me dice en su carta, no volvió á salir de su casa hasta anteanoche. Apénas hubo salido se marchó á jugar de nuevo, y perdió, segun mis noticias, unos cincuenta ó sesenta duros. Finalmente, pocos momentos ántes de cerrar la iglesia de San Luis, hallándose en ella, hubo de sufrir un accidente, tal vez efecto del vino, y al caer tropezó con la esquina de un banco quedando muerto en el acto. Ese fin ha tenido su huésped, demasiado honroso para semejante miserable, pues debiera haber muerto en un tablado expuesto á la vergüenza pública. Con esto queda contestada su atenta carta. Aprovecho esta ocasion para ofrecerme suyo seguro servidor Q. S. S P. P. B. *Felipe Mirell.*»

«Sr. D. Felipe Mirell. Muy señor mío: Gracias por su atencion en contestar á mi carta. Ambos hemos sido víctimas de un engaño. Dios, que es infinitamente bueno, habrá perdonado al autor. Mañana, por encargo mío, dirá una misa por el eterno descanso de su alma un señor sacerdote de la parroquia de San Luis. Mucho me alegraría de que la oyésemos juntos. La misa será á las diez. Soy su obediente servidora, *María Gutierrez.*»

Biblioteca Nacional de España

CORPUS CHRISTI.

—Oye, si me quieres nos casamos para el Córpus.

—Veremos, Paco, veremos.

—A mí no me vengas con esos dibujos. Pareces una señorita de mantilla. Yo sé que tú me quieres porque me lo has probado muchas veces, y cuando estaba en el hospital veníais á verme tú y tu madre siempre que podíais. Ya sabes que yo te quiero con todo mi corazon, y que yo nunca digo esto de broma, y que si he reñido con la Lola ha sido por tí, porque me has trastornado el sentido. Oye. Vosotras sois dos mujeres que no servís para la taberna, y la taberna vá mal. Tu padre está en Portugal por meterse en la política, y sabe Dios cuándo podrá volver. Yo tengo dos brazos, y sé medir un cuartillo, y entiendo la moneda, y sé de letra y de cuentas. Conque decídete, Antonia, y para el Córpus nos casamos, y para tu santo tenemos un chiquillo y diez onzas en la cueva. ¿Quiéres, ó no quiéres?

—Veremos, Paco, veremos.

—Te estás volviendo muy diputada; déjate de retórica y dí que sí. Oye, me voy, y si cuando vuelva me convidas es que aceptas.

—Bueno, vete.

—Figúrate que estoy de vuelta. ¿Me das una copa?

—Madre, Paco quiere que le dé una copa: ¿se la doy?

—Si no le ha de hacer daño, dásela.

—¿Te hará daño?

Biblioteca Nacional de España

—El no beberla.

—Ahí la tienes.

—Bendita seas. Diga V., señora Pepa, ¿me quiére usted dar un abrazo?

—Sí, hijo; allá voy. ¿Es que te vas á la guerra?

—Es que vengo de ella.

—¡Valiente par os habeis reunido!

—Todavía somos pocos.

—Algun día dirás que sobro yo.

—Eso nunca.

.....

.....

—Escucha, Paco, ¿conque te casas mañana?

—Sí.

—Me convidarás á la boda.

—Es boda triste. Ya sabes que el señor Pepe está en Portugal.

—Eso es que no quieres convidarme.

—Tú lo dices.

—Lo siento, porque pensaba hacerte un regalo que lo habías de agradecer.

—¿Y qué me ibas á regalar, Lola?

—No te lo digo, no me gustan los desagradecidos.

—Si la cosa lo merece te lo agradeceré.

—Era una noticia.

—¿De qué?

—Sobre un sugeto.

—¿Quién?

—Uno que se emborracha todos los dias y duerme en una taberna...

—Lola, ya estás soltando eso.

—Si no es nada más.

—Lola, tú conoces mi génio; desembucha ó te rajo un carrillo.

—No te alteres, que te pones muy feo. De la taberna que tú sabes sale un hombre todas las noches á la una y vuelve á entrar al amanecer.

—¿Quién ha visto eso?

—Toma, pues yo.

—Lola, si no es verdad te va á costar caro.

—Más te costará á tí si es cierto.

—Que no te escondas.

—No tengas cuidado; todavía no soy tan horrorosa.

.....

.....

Biblioteca Nacional de España

—Adios, Paco; ya es día de Corpus; ya han dado las doce. Adios. Mañana á las seis, aquí.

—Adios.

—¿Te vas sin decirme nada?

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que tú quieras. Siempre me dices algo.

—Es que me duele mucho la cabeza.

—Pues entónces, adios; duerme para que se te pase eso.

—Adios.

—Adios.

Paco sale de la taberna, se acurruca junto á la puerta, abre su larga navaja y dice con voz tranquila: «El que salga no vuelve á entrar.» Media hora despues oye ruido de pasos dentro del establecimiento. Alguien va á salir, y percibe distintamente estas palabras pronunciadas por su amada: «No tardes, ven pronto. Ma»ñana vendrá gente temprano, y no es bueno que te »vean.» Despues se siente el ruido de un beso. Paco se levanta. Se abre la puerta de la taberna, que vuelve á cerrar el hombre que ha salido. Ya adelanta un pié para emprender su camino. La navaja de Paco se clava en su costado y cae sin vida. El asesino se acerca á su víctima, contempla su rostro, y dice con ronca voz que revela el más horrible espanto:

—¡El señor Pepe!...

De Paco no ha vuelto á saberse.

Biblioteca Nacional de España

DOS DE MAYO.

—Abuelito, ¿usted conoció á Daoiz y á Velarde?
—Sí, hijo mio.
—Serían muy altos.
—No.
—Pero eran muy valientes.
—¡Oh! Eso sí; entónces lo fueron casi todos los españoles.
—Qué gusto debe dar morir para que le hagan á uno un monumento tan bonito.
—Eso rara vez sucede.
—Pues yo le oigo á papá que levantan estátuas y hacen lujosos monumentos á la memoria de algunos que fueron buenos, y el otro día hablaba de un panteon de hombres célebres.
—Hijo mio, esos son los ménos; los más de los justos son olvidados.
—¿Ha conocido V. alguno?
—Muchos; entre otros, mi amigo Mac-Donell, mi consejero, mi segundo padre.
—¿Era marino como V.?
—Sí; murió de teniente general.
—Le harían un gran entierro.
—¡Oh! Murió en el hospital como los mendigos.
—Eso debe ser bonito. ¿Quiére V. contármelo?
—Escucha. Mac-Donell era irlandés; cuando jóven ha-

Biblioteca Nacional de España

bía servido de oficial en nuestro ejército, pero quiso ser marino y lo consiguió. Era ya capitan cuando sufrió sus exámenes, y fué nombrado teniente de fragata. Tres años despues fué herido en un desigual combate que sostuvo su barco contra otro inglés mucho más poderoso. Fué un valiente, recibió muchas heridas y pasó muchos trabajos. Era capitan de navío, y estaba en Cádiz, y había paz, y harto de descanso se fué á Suecia á combatir contra los rusos. Allí se portó como en todas partes; fué hecho prisionero y le dejaron libre bajo palabra de no servir á los suecos. El rey de éstos le dió una cruz y un espadin de honor con puño de oro; pero Mac-Donell rehusó ambas cosas y no quiso faltar á su palabra, á pesar de los ruegos que se le hicieron. Luégo volvió á España, y más tarde pidió su retiro negándose á recibir sueldo alguno. Despues, cuando la guerra de Inglaterra contra Francia y España, pidió permiso para batirse, y fué al combate de Trafalgar mandando el navío *Rayo*. Formaba parte de la escuadra de retaguardia al mando del contralmirante francés Dumanoir. Había ya empezado la lucha, y la retaguardia á sotavento permanecía inmóvil. El almirante Villeneuve hacía señales llamándola al combate, y diciendo que no estaba en su puesto quien no se hallase en el fuego. Pero Dumanoir seguía impávido. Entónces los navíos españoles *San Francisco, Rayo, Escipion y Neptuno* abandonaron á su jefe, se pusieron á ceñir y se dirigieron al fuego. Allí se batió Mac-Donell como se baten los valientes.

Este fué su último hecho de armas. Once años despues, siendo teniente general, y estando en la mayor de las miserias, entró en el hospital militar de Cádiz, de donde salió para prestar nuevos servicios, volviendo poco tiempo despues á aquel triste asilo para morir como mueren la mayor parte de los justos.

—¡Qué triste es eso!

—El ciudadano debe servir á su patria por convencimiento de tal deber, no por la esperanza de la recompensa. Debe recordar aquel precioso soneto que empieza diciendo:

«No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido.»

Biblioteca Nacional de España

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

—Por eso te digo que tengas cuidado. ¿Tú conociste á Cárlos Larue?

—Le ví algunas veces ántes de su muerte.

—Bien. Pues con Cárlos me ocurrió un lance que te servirá de ejemplo para arreglar á mis consejos tu conducta. Yo conocí á Cárlos en Paris. Ejercía su carrera en el Hotel Dieu, donde ganaba un regular sueldo que aumentaba considerablemente con el producto de sus numerosas visitas á enfermos de alta categoría. Porque Cárlos era una notabilidad médica, y con él se contaba en primer término para toda consulta de alguna importancia. Yo estaba entónces emigrado; mi situacion era bien triste; solía tener hambre á menudo, y frio en el invierno, y sed en el verano. Era allí corresponsal de un diario de esta córte, lo que apénas me producía utilidad alguna, porque me pagaban poco y muy de tarde en tarde. Trabajaba tambien de corrector en la imprenta de Lahure, en la calle de Fleurus, y esto era lo que me proporcionaba mayores medios de vida. Ya sabes que no son ciertos los rasgos de generosidad que se atribuyen á algunos personajes. Pues bien; Cárlos imprimía una obra voluminosa en casa de Mr. Lahure, y yo, por enfermedad de un compañero, era el encargado de corregir las pruebas, porque tambien trabajaba en los originales franceses. De aquí data la amistad entre Larue y yo. El llegó á conocer mi historia y yo la suya. Empe-

Biblioteca Nacional de España

zamos por estimarnos, y concluímos queriéndonos de veras, si bien él sumamente celoso y algo exigente por su parte. Gracias á su influjo llegué á vivir desahogadamente. Vinieron al poder nuestros amigos, y yo me volví á España. Entónces empezó mi correspondencia con Cárlos, cuyas cartas publicaba casi siempre en la prensa, porque eran verdaderas revistas científicas y literarias; pero al cabo de medio año cesó de escribirme, sin motivo conocido por mí. Así pasaron algunos meses, y un dia en que me hallaba pensando en lo que yo llamaba la indiferencia de mi buen amigo Cárlos, se presentó éste en mi casa, vestido, como siempre, con mucha elegancia, pero totalmente trasformado su físico Estaba flaco y pálido; parecía un viajero de ultratumba. Nuestro primer saludo fué un cariñoso abrazo. Luégo empezamos á hacernos preguntas; yo contestaba á todas las suyas con la mayor alegría, enterándole de mi buena suerte; pero él guardó todas sus respuestas, segun me dijo, para una larga conferencia, y como ambos estábamos ociosos, y yo esperaba oir grandes cosas, le convidé á comer, y luégo que tal hubimos hecho le aseguré que podía empezar, seguro de que sería oido religiosamente, y Cárlos me habló sobre poco más ó ménos en estos términos:

—Si te has de enterar bien de la causa de mis penas, empezaré desde léjos, desde tu venida á España. Ya sabes que te consagraba en París todos mis ratos de ócio, y que contigo repartí todos mis placeres, porque en aquellos tiempos casi no tenía tristezas. Te marchaste, me dejaste solo, y durante algunos dias no supe qué hacer; además, la mayoría de mis clientes estaban sanos, y me sobraba el tiempo. Proyecté un nuevo tratado sobre oftalmía, pero, apénas recojí algunos apuntes, abandoné mi empresa; igual suerte tuvieron algunos otros proyectos, y al fin consagré mi atencion á desempeñar contigo el activo cargo de corresponsal. Leí algunas de mis revistas semanales en los periódicos de esta córte, y casi me envanecí, y, créeme, llegué á ser un vago; pasábame el dia en los cafés ó en los boulevards, y la noche recorriendo círculos, y salones, y oficinas; pero un dia, mejor dicho, una noche fuí á la ópera al gran Teatro; debutaba no sé quién, se me ha olvidado. Era un viernes; se acabó la funcion, y yo me dirigí hácia mi alojamiento dispuesto á redactar aquella noche mi semanal revista. Ya estaba cerca de mi casa, cuando presencié lo si-

Biblioteca Nacional de España

guiente: Venía un coche de alquiler por mi calle y uno particular por la de Navarino. Al llegar á la esquina se encontraron, y una de las varas del primero hirió el caballo del segundo. El animal no pudo tenerse en pié. Yo me acerqué Una mujer sacó la cabeza por la ventanilla de la elegante berlina, y dijo en español á su cochero:

—Pepe, ¿podemos seguir?

—No, señora. Creo que Tinto no puede levantarse.

—¿Va ese coche desalquilado?

—Sí.

—Dile que se acerque

Y el fiacre se acercó, y la dama subió en él, y no oí las señas que dió al cochero, pero ví su rostro, y por él estoy hablando contigo. Porque yo me alejé sin cuidarme de preguntar nada, y cuando recordé mi inadvertencia, y fuí al lugar del suceso, supe tan sólo que pocos minutos despues de haberlo yo abandonado llegó un lacayo con un caballo, siendo éste enganchado á la berlina miéntras que el herido fué conducido poco á poco por el dicho lacayo. Nadie sabía más. Leí los periódicos noticieros á la mañana siguiente; ninguno se ocupaba de tal suceso. Desde entónces me dediqué á buscar por todas partes á aquella hermosa. Recorría París por el dia y asistía por la noche á casi todos los teatros donde acude la buena sociedad. Pregunté á todo el mundo. Me hice presentar en las reuniones donde concurren familias españolas. No logré nada, y despechado, loco, resuelto á todo, publiqué en varios periódicos un anuncio relativo á mis deseos, pero no conseguí sinó llamar la atencion Por fin, un dia hallé el cochero de mi desconocida cargado con dos maletas. Le reconocí enseguida, y le pregunté con desenfado:

—¿Qué es eso? ¿Van de viaje los amos?

—Sí, señor. La señora se vuelve á España.

—¿A Madrid?

—Sí, señor.

—No me atreví á preguntarle más. Fuí un tonto. Preparé mi viaje y héme aquí

—Eso es una novela.

—No, por cierto; es una historia. Te respondo de la exactitud de lo que te he dicho.

—No lo dudo; pero comprenderás que por lo ménos es extraño.

—Y tanto.

—Veamos. ¿Qué proyectos traes?

Biblioteca Nacional de España

—Encontrar á esa mujer y casarme con ella.

—Tú estás loco.

—Puede ser. Pero no quiero volverme cuerdo.

—Entónces tienes la peor de las locuras, la voluntaria.

—Así será. Estoy resuelto á alcanzar lo que deseo.

—¿Y si no es posible?

—No lo creo. Tengo constancia y dinero. Nada necesito.

—Sí.

—¿Qué?

—Suerte.

—Tú me ayudarás.

—¿En qué te puedo servir?

—Tienes amigos, influencias, conoces Madrid palmo á palmo ¿Quiéres ser mi cicerone?

—Con mucho gusto.

Trabajé bastante para quitar á Cárlos aquella manía. Era inútil. Buscamos su hermosa incógnita por todas partes, y no la pudimos hallar. Recurrimos, en vano, á toda clase de medios, hasta que se me ocurrió un dia la idea siguiente: Si esa señora tenía coche y caballos los habrá traído consigo; y me fuí á la estacion del Norte en busca de noticias. En efecto: supe todo cuánto deseaba. La amada de Cárlos era la marquesa de... ¿Te ries? Yo así lo creía y así se lo dije á mi amigo. No conocía á esa señora, y me hice presentar en su casa aquella misma noche en compañía de Larue. Estábamos en un saloncito con algunas familias. La reunion era de confianza. La dueña de la casa no se había presentado. Sus íntimos aseguraban que tal vez estaría acostada. A mí me chocaba todo esto, y la seriedad del mobiliario, y la gravedad de los contertulios, y empecé á sospechar que me había engañado. Así se lo manifesté á Cárlos, quien me contestó, lleno de satisfaccion, que él estaba seguro de su triunfo, porque había visto á la puerta el célebre cochero. Yo seguí dudando. Luégo se presentó la marquesa, y vimos que era una respetable anciana. Larue se puso pálido, y yo me eché á reir. Todo esto te parecerá inverosímil, pero no por eso es ménos cierto. Aquella señora recibió á mi amigo con las mayores distinciones. Le hizo multitud de preguntas sobre diversos asuntos, y pareció muy satisfecha de haberle conocido. Nos marchamos sin saber nada nuevo, y lo cierto es que Cárlos estuvo muy enfermo aquella noche y no

Biblioteca Nacional de España

pudo levantarse al dia siguiente. Yo procuré consolarle, y, en efecto, me sobraban consuelos. Si no habíamos hallado la dama incógnita, estábamos en camino de ello. Yo tenía el propósito de hacer una visita á la marquesa; enterarla de todo cuanto ocurría á mi amigo, y averiguar así de una vez lo que deseábamos. Propuse á Cárlos mi plan, pero éste lo rechazó. Primero, porque no quería enterar á nadie de lo que le ocurría, sin duda conociendo lo raro de su conducta, y segundo, porque la noche de la ocurrencia en la calle de Navarino había podido comprender que aquella dama no deseaba ser descubierta, y temía, por lo tanto, cometer una indiscrecion hablando de este asunto á la marquesa. Yo comprendí que mi amigo tenía razon; pero, sin embargo, estaba cansado de aquella empresa, y resolví, por cuenta propia, llevar á efecto mi plan. En consecuencia de mi resolucion, me presenté aquella misma tarde en casa de aquella señora, á quien dije que una cuestion de honor me obligaba á hacerle una pregunta, suplicándola no exigiera de mí respuesta alguna. Aquella buena anciana accedió á mis deseos llena de curiosidad. Entónces la supliqué me indicara el nombre de una señora jóven que en la noche del día (no recuerdo la fecha) se hallaba dentro de un carruaje que hubo de detenerse en la calle de Navarino á consecuencia de un suceso que le detallé minuciosamente. La marquesa me escuchó con la mayor atencion, y cuando acabé me dijo sonriendo:

—Si no es más que eso, va V. á ver esa jóven.

Y dió dos golpes en un timbre.

Casi enseguida se presentó una chica gruesa, blanca, muy guapa, pero, créeme, nada más que esto. Ambas mujeres cambiaron entre sí estas palabras:

—¿Da V. E. su permiso?

—Adelante.

Noté que la chica cojeaba un poco.

—¿Está Pepe en casa?

—Sí, señora.

—Que suba.

La chica se marchó; poco despues entraba un criado, á quien preguntaba su ama:

—¿Cómo está Tinto?

—Casi bueno, señora.

—¿Cuándo se le podrá enganchar?

—Ha dicho el albéitar que descanse algunos dias; pero si la señora quiere...

Biblioteca Nacional de España

—No, nada. Retírese V.

—Con el permiso de V. E.

Yo comprendí que aquella marquesa tenía más mundo que yo, y asombrado estaba cuando oí que me decia:

—La jóven que V. ha visto es mi doncella. La noche del suceso á que V. se refiere estaba á mi servicio en un palco de la Opera. Cuando bajábamos la escalera se torció un pié; la hice subir en mi carruaje, y yo me retiré á mi casa en el de una de mis amigas. El resto V. me lo ha contado. ¿Está V. satisfecho?

—Completamente, señora. Ahora sólo me resta referir á V. por qué causas...

—Suplico á V. no me dé explicacion alguna. ¡Ah! Mi doncella se llama Ana Paz, es huérfana, andaluza, y tiene diez y ocho años.

—Señora, sentiré molestar á V.

—Nada de eso. Ya hemos concluido, y V. me permitirá que me retire. Esta noche tengo reunion.

—¡Oh, señora! No faltaré á ella!

—Como V. guste.

Nos despedimos, y yo salí de la casa riéndome grandemente de aquella señora que tan fácilmente se disgustaba y que lo disimulaba con tanta dificultad. Había conseguido lo que quería, y esto era todo. Fuí á contarle á Cárlos mis noticias. Para abreviar. La marquesa despidió á su doncella, quien se casó con Larue, dedicándose ambos á enseñarse mútuamente sus respectivas lenguas. Yo fuí, necesariamente, el padrino de la boda, y tuve que aguantar de mis amigos toda clase de epígramas. Cárlos no pudo llevar á Francia á su mujer, que ántes hubiera consentido en perder el pié sano que perder el espectáculo de una corrida de toros. Las cosas marcharon así hasta el año anterior al de la muerte de mi amigo. Un dia, era 3 de Mayo, cobré en el Banco diez mil reales, y D. Felipe Cortés, con su amabilidad ordinaria, me los pagó en oro, en monedas de cinco duros recien acuñadas. Antes de retirarme á casa, á la hora de cenar, tenía la costumbre de entrar en la de Cárlos, donde concertábamos nuestro plan de recreo para la noche, y así lo hice aquel dia. Estaban el francés y la andaluza empezando á comer en el momento de mi llegada. Yo me senté en un sofá inmediato á la mesa, y empezamos nuestra ordinaria conversacion De pronto, la graciosa andaluza cogió una bandeja, la acercó á mí y me dijo con coquetería:

Biblioteca Nacional de España

—¿Me da V. un cuartito para la cruz de Mayo?

—Allá voy,—la contesté.

Y abriendo la bolsita donde llevaba el dinero, desparramé en el platillo las brillantes monedas

Apénas cometí esta accion, recordé el carácter celoso de mi amigo, y presentí que no había hecho bien. En efecto: Cárlos se había puesto de pié, y estaba pálido. Su mujer sostenía la bandeja temblando notablemente. Mi amigo cogió la bolsa, metió en ella el dinero, y me la entregó diciendo:

—Vámonos fuera.

Yo le seguí sin murmurar palabra Estaba aturdido; llegamos al Salon del Prado; hacía mucho frio; no se veía una sola persona; allí hablamos mucho, y nos dimos algunos bastonazos. Dudaba de su mujer, me llamaba seductor, estaba seguro de mi traicion. Yo traté de convencerle, y cuando ví que no podía conseguirlo, le dejé; pero aquella noche no pude dormir; era muy extraño lo que me ocurría; jamás hubiera yo previsto semejante cosa. A la mañana siguiente se presentaron en mi casa Mr. Laurent, fabricante de muebles, y Vega el médico. Se titulaban padrinos de Cárlos. Yo quise rehusar el duelo, pero comprendí que iba á hacer mal papel sin resultado alguno, y acepté el reto, siendo mis padrinos tu hermano y Pedro el que hoy es mi cuñado. El negocio tuvo malos resultados para mí, porque, como sabes, salí herido en el brazo y estuve enfermo bastantes meses. El mismo dia del desafío vino Cárlos á mi casa llorando; quería verme. Mi madre y mis hermanas se encargaron de conseguir mi asentimiento; pero yo me negué resueltamente á que entrase en mi cuarto, y luégo, cuando se marchó, encargué á los criados, so pena de ser despedidos, que no volviesen á abrir la puerta á aquel caballero. Durante un año hizo Cárlos cuantos esfuerzos pudo por lograr mi amistad. Al cabo de él se murió recordándome en su testamento algunas veces. Yo le quise siempre, pero despues de nuestro lance huí su trato. Los hombres como él son peligrosos.

Por eso te digo que tengas cuidado.

Biblioteca Nacional de España

SAN ISIDRO.

Madrid 14 de Mayo de 187...—Mi querido padre: Con gran contento escribo á V. ésta, pues todas mis esperanzas se han realizado. Anteayer me presenté á D. Pedro con su carta de V., y me contestó, despues de leerla, que volviera al dia siguiente. Fuí ayer, y ¡pásmese usted! me ha empleado en la Fábrica con diez mil reales; todavía no sé cuál es mi obligacion, pero me ha dicho que sólo tendré ocho horas de trabajo, y que, si me porto bien, me subirá el sueldo ántes que acabe el año. Esto es una fortuna. Es mucho más de lo que yo podía desear. Yo procuraré servirle y hacer carrera. Estoy bien; mi patrona es de á cinco leguas del pueblo, de Villaredonda; es viuda de un magistrado que vino á ménos. Somos cinco huéspedes, un militar de tropa que es alférez, dos muchachos andaluces, que estudian para abogados, y una señorita que está aquí miéntras su tío, que es un señor muy estirado que ha venido de Filpinas, concluye de hacer una casa en la que van á vivir. La comida es buena, pero nos dan poco cuando es cosa de carne; la cama no es mala; en fin, se pasa bien, y si no tengo ningun disgusto, me quedaré aquí, porque vale más malo conocido que bueno por conocer, y no quiero que me engañen en otra parte. He visto á Luis; no es

Biblioteca Nacional de España

ningun perdido, como decían en el pueblo. Va muy bien vestido, lleva sortijas con brillantes, relój y cadena de oro, un baston que ha costado sesenta duros. Habla francés, conoce muchísima gente; hemos salido juntos algunas veces, y siempre hemos ido en coche; nunca me deja pagar en ninguna parte, y, segun me ha dicho un amigo suyo, saldrá ahora diputado y se casará con una marquesa que no sabe lo que tiene. Este sí que ha hecho suerte, y sin duda por eso murmuran de él en el pueblo. Me ha dicho que si quiero entregarle el dinero que cobré por su retiro de V., él lo colocará en un sitio donde rentará quince duros al mes. V. dirá lo que he de hacer en esto. Mañana vamos juntos á la romería de San Isidro, que creo es una gran fiesta aquí Dígale usted á madre que le he comprado un rosario de coral, del nuevo, que es muy barato, y que me envíe calcetines, porque se me rompen enseguida, y los de aquí cuestan mucho. No puedo ser más largo. Dé V. recuerdos á los tíos y muchos abrazos á mis hermanos y á mis primos. Expresiones á los vecinos y demás amigos, y usted y mi madre reciban con ésta el cariño que les tiene de corazon su hijo *Bernardo.*

—Perfectamente. Vamos ahora á escribir á Segundo.

Madrid 14 de Mayo de 187...—Querido amigo Segundo: No te pongo más que cuatro renglones porque he escrito ántes á mi padre y estoy cansado, y tengo que vestirme para salir á paseo. Por la carta que envío a mi casa sabrás que estoy colocado Soy feliz, tanto más, cuanto que al fin he conseguido que me quiera la chica que te dije el otro dia. Ayer entré en la casa, y pasado mañana pienso volver. Es una familia pobre, pero honrada, y D. Justo, el cura que había en el pueblo, habla muy bien de ella. No corras esto por ahí para que no se entere Anita. Por aquí mucho y muy bueno. Pídele permiso á tu padre y vente unos dias; lo pasaremos bien. Otro día te escribiré más. Adios; consérvate bueno, y recibe un apretado abrazo que te envía tu leal amigo que te quiere de todo corazon *Bernardo.*

—Listos. Ahora los sobres.—Provincia de Ciudad-Real.—Sr. D. Bernardo Sanchez del Castillo, por Almagro, á Arenas de Todos los Santos.

Provincia de Ciudad-Real.—Sr. D. Segundo Gutierrez (hijo); por Almagro, á Arenas de Todos los Santos.

Despues las echaremos al correo Contento se va á poner mi padre. Y ese eleganton de Luis que aún no ha

Biblioteca Nacional de España

venido. ¡Ah! ¿Será él el que llama? Sí; ¡adelante! En nombrando el ruin de Roma...

—¿Me esperabas? ¿He tardado? No es extraño; he tenido que hacer una visita á cierta dama.

—¿Será la marquesa?

—En efecto. ¿Tambien tú lo sabes? Hago mal en ocultarlo; todo el mundo está enterado del asunto. Es necesario que te mudes de esta casa; es una pocilga, y una persona como tú, de posicion y de dinero, hace mal en alojarse de este modo. A propósito de dinero: es preciso que te decidas acerca del negocio que te indiqué. Desde pasado mañana deja de admitir imposiciones la *Gran compañía industrial, fabril y mercantil* que dirige el excelentísimo señor marqués del Salto, el banquero de más suerte que ha pisado la Bolsa. El negocio para tu padre es sumamente ventajoso, y tú no debes dudar.

—Por ahora no hay nada decidido. Ya hablaremos de eso.

—Como quieras... Tú te lo pierdes.

—¿Qué vamos á hacer mañana?

—Mañana... no lo sé; regularmente estaré ocupado.

—Lo siento; me habías prometido que iríamos juntos. Así se lo he escrito á mi padre.

—¡Ah! ¿Has escrito á tu padre? ¿Y qué le dices?

—Le hablo de tu proposicion, pidiéndole consejo.

—Muy bien hecho. Es deber de todo buen hijo. De modo que aguardas contestacion para decidirte.

—Es natural.

—Es claro.

—¿Tú crees que despues habrá tiempo?

—Es difícil; pero, sin embargo, mis influencias son muchas, y lo conseguiremos; pero, de todos modos, haces mal en tener ese dinero aquí expuesto á que te lo roben.

—No es posible. Está en el hondo del cofre; la cerradura es fuerte, y yo llevo siempre la llave en el bolsillo.

—Sin embargo, puede ocurrirte una desgracia.

—No lo quiera Dios.

—¿Conque decías que mañana íbamos á ir juntos?

—Ya no, porque tú tienes que hacer.

—No importa, querido; por un amigo se deja todo. Cabalmente, teníamos el proyecto de pasar la tarde en la pradera el vizconde que tú conoces y un amigo suyo. Conque, si tú quieres ser de la partida...

Biblioteca Nacional de España

—Yo, con mucho gusto. ¿Cuánto nos costará á cada uno?

—Eso no se pregunta. Con personas como el vizconde nadie paga.

—No importa. Yo quisiera poner algo.

—Bueno. Dame cinco duros, y yo me encargo de que salgas airoso.

—¿Cinco duros? Mucho me parece.

—Entónces no me des nada; es lo mejor.

—Si tú crees que no debo gastar ménos...

—Ménos, de ningun modo. Sería una grosería. Por lo demás, te advierto que ese dinero no forma parte de la fiesta. Es un gusto que tú tienes en pagar un par de botellas.

—¿Cinco duros dos botellas?

—Champagne legítimo. No lo hay más barato.

—Bueno; pues ten los cinco duros.

—Si te es molesto, yo los pongo por tí.

—No, no; nada de eso. Un dia es un dia, y así como así yo debo pagar algo para celebrar mi colocacion.

—Es un justo motivo. Hablando de todo un poco: esa jóven que vive en esta casa, ¿es conocida tuya?

—No; vino hace tres dias.

—Parece persona decente.

—¡Ya lo creo!

—¿Cómo se llama?

—Segun me ha dicho la patrona, Adela de Juan y de Pedro.

—¡Oh! Son unos apellidos muy ilustres.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Nobleza del mes de Junio.

—Tú bromeas.

—No, por cierto. Los antiguos dividían la nobleza segun los meses del año.

—No lo sabía yo.

—Es natural; en los pueblos no se aprende nada. Está bien; tú vas á comer, yo voy á enterarme de la cotizacion de la Bolsa. Mañana á las dos de la tarde en el café Suizo.

—¿Te vas tan pronto?

—Sí. Estoy lleno de negocios.

—Conque, ¿á las dos?

—A las dos. No faltes.

—Os estaré aguardando cuando vayais.

—Adios.

Biblioteca Nacional de España

—¿Quieres que salga á despedirte?

—Nada de eso. No gastes cumplimientos conmigo. Hasta mañaua.

—Adios. Hasta mañana.

.....

—Buenas noches.

—¡Hola! ¿eres tú, Alicate? Hace una hora que te estoy aguardando. Te estás volviendo muy señor.

—¿Y eres tú quien lo dice? Una aristócrata con dos genitivos, segun reza la gramática.

—Qué te ha dicho ese paleto?

—Nada bueno. Es necesario acabar pronto este asunto, y para eso te he citado aquí. Tu no consigues atrapar la llave del cofre; yo no logro cojer los cuartos. Mañana se concluye la cosa. Yo me llevo el sugeto á la pradera La patrona se va, y tú ántes que ella; cuando no haya nadie en la casa vuelves, y lo demás corre de tu cuenta. A las diez en la taberna del Ahorcado

—¿Es decir que yo soy siempre quien dá el golpe, y luégo tengo que llevar alquilados los zapatos y nunca tengo un duro para una satisfaccion?

—Tú te callas, Ronca, y haces lo que yo te mando, y sales con ventaja

—Eso será hasta que llegue un dia.

—Eso será hasta que yo quiera, y cállate, porque pasa mucha gente, y si te pego y se arma escándalo lo vas á pasar peor

—Bueno, me callo; ya sé lo que he de hacer.

—Que no te vayas á marchar como doña Baldomera; mira que yo te alcanzo más pronto que al tranvia.

—No tengas cuidado; yo no me hago rica con lo que á tí te falta.

—No me busques la mano. Véte por ahí abajo, que yo me voy por arriba. Si quieres cenar, ántes de una hora me tienes en la taberna.

—Vaya V. con Dios, so cursi.

—Adios, señorita de Juan y de Pedro y de otros muchos.

—Espérame para cenar.

—Ven á tiempo.

.....

—Vaya V. con Dios, perla. Tiene V. un cuerpo que parece hecho de nácar. Bendito sea el corte que Dios le ha dado que no hay sastre que haya cortado mejor un chaleco en toda su vida.

Biblioteca Nacional de España

—Bravo, vizconde.

—Cállese V., señor vuecencia, que le va á pedir la cédula un guardia colorado.

—A mí no me llames vuecencia.

—(Vizconde, que se te sube el vino.)

—(No he dicho nada.)

—Anda, Bernardo, dile algo á esa moza que te está mirando como si quisiera comerte.

—Escucha. ¿Se llama Bernardo ese afeitado? ¿Es el de la espada?

—No, señora; yo no he llevado espada nunca.

—¡Excelente! ¡Sublime!

—Jesús, y qué graciosos se crían los mozos en su pueblo de V...

—Si se crían ó no, eso á V. no le interesa.

—Si me coje me mata. Señorito, mírese V. al zapato, créo que se le ha caído á V. un clavo.

—No seas tan guasa.

—¡Ea! Adios, y no me lo echeis á perder.

—Adios, salada. Bendita sea la voz que sale de tu pecho.

—Me voy quedando ronca.

—Todavía te oye un ciego.

—Chico, ¿qué haces ahí con un pié en el aire?

—Esa mujer, que dice que se me ha caído un clavo del zapato, y no es verdad.

—(Criatura.)

—(Oye tú, vizconde de pega, este paleto es un ramo de lilas.)

—(Que pague el vino, que yo he gastado ya cuatro pesetas.)

—¿Qué decías, vizconde?

—Hablábamos de refrescar.

—Muy bien pensado. Bernardo, ¿dónde echamos unas copas?

—¿Vamos á beber más sin haber aún comido?

—Cualquiera diría que hemos bebido gran cosa. Te advierto que estos señores beben con una notable facilidad, y como yo te conozco á tí y sé que les aventajas, espero que no dejarás deslucidos á los de nuestro pueblo.

—Sí; yo bebo algo.

—Vamos á verlo.

—¿Qué es eso? ¿Una apuesta?

—Ya está dicho; la cena en el Colmado á la vuelta.

Biblioteca Nacional de España

—Vas á perder, vizconde.

—Pero si yo no he dicho nada; yo bebo algo, pero no tengo costumbre. Este señor debe ser muy bebedor.

—Vizconde, te han llamado borracho.

—No importa.

—No he querido decir eso.

—Bueno. Basta de palabras. Vamos á beber; yo apuesto la cena por mi paisano; si él pierde, yo pago todo el gasto.

—Convenido.

—Haces mal en fiarte de mí.

—Tú haz lo que puedas y no tengas miedo.

—Vamos adentro.

—Parece que hay mucha gente.

—No importa; adelante.

—Adios, Pata, y qué elegante vienes.

—Tabernero, al negocio; eche V. unas copas.

—Al momento voy, señorito.

—(Este diantre de Zurdo no tiene prudencia.)

—Oye, Luis, ¿el vizconde se llama Pata?

—No, hombre

—Si se lo ha dicho el tabernero.

—Hablaba con otro.

—Creo que te equivocas.

—Quien se equivoca eres tú. Vas á verlo. Oiga usted, maestro ¿á quién llamaba V. Pata?

—A ese que está en la puerta. Ese de la blusa.

—¿Lo ves, Bernardo?

—Es verdad.

—Ea, muchachos y queridos y distinguidos amigos míos, vamos á tomarnos esta alegría á la salud de la cena; despues los dos desafiados seguirán bebiendo, y nosotros dos seremos los padrinos. V. de su amigo y yo de mi paisano.

—Andando se quita el frío.

—Tu me comprometes, Luis, y no debías hacerlo.

—¿Ahora te entra el miedo, ahora, al empezar, ántes de haber empezado que es cuando hasta los cobardes sueñan que son valientes?

—Caballero, si V. quiere, lo dejaremos; pero la apuesta está hecha.

—No, beberemos; pero V. ganará de todos modos.

—Se acabó. Arriba. Bendito sea Noé. Buen vino gastas, Zurdo. (Se me fué la lengua.) Le he llamado á usted Zurdo no sé por qué.

Biblioteca Nacional de España

—Usted puede llamarme como quiera, y lo mismo digo de la compañía.

—Gracias, por todos. Vamos á ver los valientes. Saque V. dos jarritas con un cuartillo cada una, bien medidos los dos, y del vino conveniente; en fin, hágalo usted todo lo mismo que si lo hiciera yo.

—No tenga V. cuidado; quedará V. satisfecho.

—Te advierto, Luis, que yo no quiero emborracharme.

—Cállate, hombre, no seas cobarde; estás haciendo el paso.

—Es que yo no quiero que me suceda algo.

—Estás hecho un tonto.

—Aquí están las jarras. Esta para V., y esta otra para este caballero.

—Vamos, arriba, á ver quien vuelve la jarra más pronto. (Oye Zurdo, tráete unos cuantos que armen corro.)

—(¿Quién va á pagar esto?)

—(Yo.)

—(¿Traes dinero?)

—(Ahí tienes un duro para que lo vayas creyendo.)

—Mucho, muchísimo; bien por mi paisano. Tabernero, llene V. esa jarra. Vizconde, ¿cuándo concluyes ese cuartillo, ó lo vas á llevar á tus bodegas para que te sirva de madre?

—No hay quien beba esto; es muy fuerte.

—Tú si que eres flojo.

—Aquí está la jarra llena.

—Anda, Bernardo, echa un trago ántes de que el otro apure lo que le queda.

—Hola. ¿Están apostando estos señores?

—¡Eh! Diga V. maestro, ¿llena V. mi jarra? Caballero, estamos iguales.

—Bebe, Bernardo.

—Espérate que traigan la otra jarra.

—Pierdes el tiempo.

—No importa.

—Aquí está el otro cuartillo.

—Oiga V., tabernero, ¿lo ha medido V. bien?

—No tenga V. cuidado, que el vino es bueno y está bien medido.

—Animo, señores; á beber, que ya es tarde y hay que cenar pronto, supuesto que no hemos comido.

—Perdone V., caballero. ¿Se cruza mucho dinero en la apuesta?

Biblioteca Nacional de España

—Ya lo creo; muchísimo.

—¿Y quién va ganando?

—Hasta ahora están iguales; pero este señor, que es por quien yo apuesto, se ha bebido de un trago el primer cuartillo, y... ¡Bravo, Bernardo, bravo! Tabernero, otro cuartillo enseguida. Date por vencido, vizconde.

—Ya lo creo. Ahora lo vas á ver.

—Mucho, chico; tienes buen tragadero. Zurdo, otra jarra para el señor vizconde. ¿Qué es eso, Bernardo? Parece que entramos en calor.

—No... sí... Yo soy fuerte... Tú lo sabes, y... me lo has dicho, y... el vino es bueno, pero... no. Sí... dame esa banqueta, porque me canso si estoy de pié, y...

—Aquí están las dos jarras.

—Vamos al otro.

—Legaña, ¿quién crees tú que ganará?

—Ese señorito afeitado.

—¿Van las copas?

—Van.

—¿Quién juega conmigo los callos?

—Cualquiera.

—¿Y ese cualquiera lo eres tú?

—Puedo serlo.

—Andando.

—(¿Esto va de broma ó de veras?)

—(Tú, cállate. El Zurdo me ha dicho que está todo pagado.)

—Vamos, Bernardo, que ya poco falta.

—Sí... sí... muy poco... Estoy bebiendo y bebo... sí, bebo... yo ganaré... ahora bebo... más... voy á hacerlo.

—(Alicate.)

—(¿Qué hay, Zurdo?)

—(La Ronca está ahí fuera y me ha dado esta llave para tí.)

—(Silencio. ¿Qué te ha dicho?)

—(Que ya se ha arreglado todo, y que te pregunte si ha notado algo el paleto, y que cuándo os marchais y adónde vais á ir.)

—(Bueno; díle que se vaya enseguida á la taberna de Juan el Ahorcado. Oye, á ver si metes esta llave en el bolsillo derecho del pantalon de ese levita.

—(Descuida.)

—(Mira, que nos vamos enseguida.)

—(No tengas pena.)

—(¿Qué se te debe?)

Biblioteca Nacional de España

—(¿De todo?)
—(Sí.)
—(Veintiun reales.)
—(Me parece que te corres.)
—(Dame un duro.)
—(Ya estás pagado. Mete la llave.)
—(Ya voy.)
—(Díle ántes eso á la Ronca.)
—Me gana V., porque yo no estoy acostumbrado á beber este vino.
—¿Qué es eso? ¿Estais disputando? Has perdido vizconde, has perdido la cena.
—Déjame... verás tú... mis razones... Yo he bebido mucho... he bebido mucho... mucho... bueno. Ahora... voy á beber más. Este vino es bueno, y á todos nos gusta. Pero á... ese... no le gusta, y á mí... sí, y luego... como yo... he bebido mucho... mucho... por eso. Ahora voy... á beber... ahora be... bo más.
—Se acabó todo; basta de bebida; el vizconde ha perdido. Vámonos afuera.
—Pero... tú. Oye mis... razones. El no bebe... nada...
—Basta de charla. Afuera á cenar. Adios, Zurdo. ¿Está todo listo?
—Todo.
—¿No falta nada?
—Nada.
—Adios.
—Adios, señores.
—(Oye, Zurdo. Como si nos hubiéramos muerto.)
—Vete tranquilo. Ya sabes que soy un hombre.
—Adios, Bernardo, que te caes.
—No... es el piso; pero he bebido mucho... mucho.
—(Oye, Alicate, ¿vamos á acompañar á ese para que nos cueste un disgusto si arma un escándalo?)
—(Nada de eso, Pata; le dejaremos ir solo.)
—(Pues cuanto ántes, mejor.)
—(¿Sin despedirnos?)
—(Pues es claro.)
—(Está dicho.)
—(Vamos á cruzar al otro lado, y hasta la vista.)
—(¿Dónde está la Ronca?)
—(En la taberna.)
—(Vámonos allá, que es lo que interesa.)
—Escucha... Se van. Oye, Luis, ¿dónde vais? No me oyen... Voy á seguirlos.

Biblioteca Nacional de España

—¡A la Puerta del Sol, á la Puerta del Sol!

—¡Huesque! ¡Caballo! ¡Caballo! ¡Generoso! ¡Hola, valiente! ¡Eh! ¡Eeeeeeh! ¡Señorito! ¡Eh!

—¡Aprieta ese torno!

—¡Párate!

—¡Echa á la derecha!

—¡Señorito! ¡Eh!

—¡Echa á la derecha!

—Ya no hay cuidado.

—¡Borracho!

—Anda, chistera. De buena te has librado.

—¡Señorito, la cédula de persona!

—Anda, que llevas por cútis dos pellejos.

—Parece un sacristan.

—Es un investigador.

—¡A la cuesta de la Vega!

—¡A la Puerta del Sol!

—Guardia, recoja V. á ese caballero, que está borracho, y ha estado á punto de ser atropellado por un ómnibus.

—Allá voy. Caballero, ¿dónde vive V.?

—En mi casa.

—Pero, ¿dónde está su casa de V.?

—No lo sé. Voy con unos amigos. Por ahí van. Yo voy detrás de ellos... porque vamos juntos y... ellos van delante.

—¿Lleva V. la cédula?

—No, señor. Soy forastero.

—Entónces, venga V. conmigo.

—¿A dónde?

—A la prevencion.

—¿Por qué?

—Allí se lo dirán.

—Yo no voy.

—O viene V., ó saco el rewólver.

—Iré; pero V. abusa de la fuerza.

—Yo soy el órden.

—Usted es un lacayo del gobernador.

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Dadle una paliza á ese guindilla!

—¿Qué ha sido eso?

—Un petardo.

—¡Socorro! ¡Cochero pare V.!

—¡Viva el pueblo libre!

Biblioteca Nacional de España

—¡Viva la federacion!

—¡Nivelacion social!

—¡No correr! ¡No correr! No ha sido nada.

—Cuando lleva V. tantas armas consigo es prueba ó de que es V. un corbarde ó de que aquí todos son asesinos.

.....

De pareja en pareja he llegado hasta mi pueblo. Me robaron durante la romería sin que sepa cómo. D. Pedro, mi novia, D. Justo, todos me vieron atado codo con codo camino de la prevencion. Esta noche he llegado, y mañana vendrá á verme mi padre. ¿Por qué me hace daño todo el mundo? No lo sé. Pero que la sociedad es légamo podrido donde sólo pueden vivir algunos sapos inmundos, es cierto.

Biblioteca Nacional de España

LA VERBENA DE SAN ANTONIO.

—¿Quién es?

—¿Quiéres abrir?

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Sí.

—Allá voy. ¿Qué hay? ¿Te ocurre algo?

—No, nada. He ido á mi casa, ya eran las dos; no me han oido ó no han querido dejarme entrar; pensaba pasar la noche al sereno, pero me he acordado de que tú velas y he venido á hacerte compañía. ¿Te estorbo?

—No preguntes tonterías. ¿Quiéres cenar?

—No, gracias. Lo he hecho ya opíparamente.

—Es decir, que has ido á la verbena, te has divertido y has cenado.

—Exactamente.

—Eres feliz.

—Lo parezco.

—Ya es bastante, pero tú pareces lo que eres.

—Hay de todo.

—Diantre... ¿Qué es ello?

—El amor...

—No prosigas; ya me has dicho que has cenado bien; estoy convencido; no necesitas probármelo.

—Me fastidias. Eres pesimista, ateo, excéptico; tan sólo eres fanático por todo lo que sea extravagante. Si se te habla de religion, sonríes desdeñosamente; no hallas un hombre discreto, ni una mujer honrada, ni es posible hablar contigo. Eres el hombre del desprecio.

—Positivamente has cenado.

—Aburres á cualquiera.

—Vamos, no te incomodes. Sigue tu cuento.

—No tengo humor.

Biblioteca Nacional de España

—Te pido perdon por todas mis ofensas.

—Estás perdonado; pero conven conmigo en que no es posible sufrirte.

—Convenido; sigue tu cuento.

—No es cuento, es historia.

—Tu historia.

—No quiero, porque vas á burlarte, y vamos á reñir.

—No me burlo; continúa tu historia.

—Bueno; pues figúrate que esta noche voy á la verbena.

—Ya lo sabíamos.

—De algun modo había de empezar.

—Adelante.

—Llego y me encuentro... ¿á quién? dirás tú.

—¿A quién? diré yo.

—Te burlas.

—No, nada de eso; pero, ¿cómo quieres que yo llegue á adivinar con quién te encontraste? Supongo que sería una mujer.

—Efectivamente; era Susana; ya sabes qué Susana, esa inestimable joya de nuestros salones y paseos, cuyo apologista es Eusebio. Susana la bella, la pura, la amable, la cariñosa, la modesta, la que vive sola con su santa madre, la mujer de mis ensueños, por quien ni vivo ni respiro, porque, te lo digo de veras, la amo con todo mi corazon.

—Una pregunta: esa casta Susana, ¿ha resistido la prueba?

—¿Qué prueba?

—Por lo ménos la que refiere la Escritura.

—¿Lo ves? Ya has soltado una...

—Una pregunta natural.

—Susana no necesita pruebas. No hay nada más puro que la mirada melancólica de sus hermosos ojos.

—¡Poeta!

—No es poesía, es la verdad que niegas tú, como negaría el ciego la existencia del sol. Tú niegas la honradez porque eres incapaz de comprenderla.

—Me estás insultando.

—Tú me has provocado.

—No es cierto. Si he bromeado contigo, ha sido usando del derecho que nuestra amistad me concede. No niego la honradez, porque si nadie la tuviera tengo yo bastante para hacer honrada á toda la humanidad. Sé donde están las mujeres honradas, pero rara vez se en-

Biblioteca Nacional de España

cuentran donde tú las buscas. No soy de esos que odian á los ricos porque ellos son pobres, á los nobles porque nacieron ellos en humilde cuna, no; pero los que forman esa sociedad que tú frecuentas, ó son ricos, ó ambicionan serlo. Los primeros, por lo regular, no trabajan, y ya sabes que la ociosidad es madre de todos los vicios, y los segundos son parásitos que viven á expensas de los primeros. Son pobres, y aspiran á ser ricos, pero muy ricos, mucho, muchísimo, y para lograr su intento buscan el camino más seguro, que no es, por lo regular, el de la virtud.

—Muy bien; pero eso nada tiene que ver con Susana.

—Desconfío de ella.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo. La mujer tiene peores condiciones que la moneda. Esta suele llegar á tus manos desgastada, lo que prueba que ha sido aceptada como buena por muchos. Además, tú, al recibirla, puedes probarla por cuantos medios estén á tu alcance, y áun así, si fuese falsa, tienes la esperanza de poder engañar á otro de la misma manera que has sido engañado. La mujer no nos gusta sinó cuando la vemos brillante, acabada de salir del cuño. No podemos probarla, porque la echaríamos á perder. Tenemos que juzgarla por lo que de ella vemos, y si la aceptamos y nos sale falsa, ya no podemos deshacernos de ella, ni encontraríamos quien la quisiera. Susana lleva mucho tiempo de soltera, y cuando esa moneda no corre, es porque no debe ser buena. No olvides que para una ganga hay cien gangueros.

—Eres pesimista por rutina.

—No lo creo.

—¿Tú has tenido novia?

—Sí.

—¿La he conocido yo?

—Este es su retrato.

—¿Cómo? ¡Susana! ¡Susana ha sido tu novia! ¡Perdóname! ¡Tú te acuerdas de ella! ¡He cometido una imprudencia. ¡Susana! ¡Susana! ¡Tú la amas aún!

—¡Mientes! La inmunda ramera que allá en el lupanar mancha al beodo con su contacto, es más pura, más santa que esa mujer, cuyo retrato me está abrasando los ojos. Esa hermosa que te enamora tiene el corazon como el pantano, cuyo légamo podrido corrompe el aire que le rodea con su nauseabundo olor. Esa mujer ha cometido el crímen más horroroso que ha sonado en mis

Biblioteca Nacional de España

oidos, que ha herido mi corazon, que ha vibrado dolorosamente en mi conciencia. ¿Conoces á éste?

—Es el marquesito de...

—Silencio; aquí no hay ningun marqués. Eso no es hijo de nadie; eso es mi sangre que da vida á otro organismo; eso es mi esencia formando otro ser; por eso lleva mi carácter; por eso se parece á mí y se diferencia de todos. Eso no le pertenece á nadie. Eso es mi hechura; yo lo hice para mí. Eso es mi hijo. Yo soy su padre. Su madre... ¡Oh! ¡su madre! ¡mentira, mentira! ¡Esa mujer no es su madre! ¡Mentira! Me avergonzaría yo de tener un hijo que hubiera salido de semejantes entrañas. La infame... ¡Ah! ¡Sí! Voy á contártelo todo. Escucha. Ella era mala; yo era un niño. Fué en la verbena. Nos amamos. Sucedió porque ella quiso. Temía que yo la engañase. Entónces vivía de su trabajo. Luégo me desterraron de pronto; sin razon, me ocultaron lo que pasaba. La recogió una familia; la quitaron el niño; dijeron que había muerto. No era verdad. Una amiga suya recurrió á los Tribunales de justicia; ganó el pleito. Mi hijo vivía. Era mio; yo podía probarlo; no había perdido nada. Le hubiera educado, hubiera sido mi compañero, mi apoyo, mi amigo; hubiéramos trabajado juntos; pero esa, esa infame, vendió su silencio. Vendió cuantos documentos poseía; vendió su hijo, el mio, el hijo de mi corazon, todo, todo, por un puñado de plata. ¡Ah! ¡Sí! Yo concibo que Judas vendiera á Jesús. Sí; lo concibo todo. Si nada me extraña. Hay crímenes que se explican; pero que una madre venda el sér que se movió en su vientre durante nueve meses; que padeciese horribles dolores por darle la vida, y que luégo lo cambie por un pedazo de pan, eso no puede ser cierto. El único pesar que se siente al tener un hijo, es el temor de poderlo perder, y esa infame, ahí la tienes, busca amante. Los remordimientos no ajan su rostro ni blanquean las trenzas de sus cabellos. Todos la respetan, todos la aman, pero nadie le da su nombre. Hay ciertos abismos que no se ven, pero se presienten. No te fies de nadie. Son muy pocos los justos en la tierra. Esa mujer me hubiera vendido á mí. ¡La infame... vender mi hijo!... ¡el hijo de mi corazon!... Oye. Véte. Ya es de dia. Déjame sólo. Quiero acabar de volverme loco... Aún anda por ahí. Hace nueve años hoy... Quiere casarse. ¡Oh! Si tuviera otro hijo se lo compraba para enseñarle á maldecir el nombre de su madre.

Biblioteca Nacional de España

LA VERBENA DE SAN JUAN.

—¡Olé! ¡Viva la alegría! Señor Rafael, tráigase V. la fuente de la plaza echando vino.

—Ojo con emborracharse, que luégo á la noche hay alguno que rompe tres primas sin haber templado.

—Aquí nadie se emborracha; el que lo haga paga la convidada por todos.

—Mucho, mucho; muy bien dicho.

—Que se escriban esas palabras.

—Oye. ¿A quién le has oído tú eso?

—Al diputado.

—¡Bravo! ¡Bravo! Que haga el diputado.

—Figúrate que estás en las Córtes.

—Que se suba encima de la mesa.

—Escucha, Zurdo. ¿Cómo van vestidos los ministros?

—Si no me dejais, no digo nada.

—¡Silencio!

—Antes necesito beber un poco.

—Oye. ¿Los diputados beben vino?

—*Estultus,* como dice el sacristan. En Madrid la gente gorda bebe agua de Colonia.

—¿Y qué es eso?

—Un aguardiente refinado que huele mucho á tomillo.

—Menuda chispa tendrán los señoritos.

—Cá, hombre. Ahí tienes ese chistera que anda con el alcalde, que tiene el color de restrojo lo mismo que un difunto. Parece un hombre porque tiene patillas y

Biblioteca Nacional de España

vá muy tieso; el otro dia le dieron aguardiente del bajo en casa del escribano, y, apénas lo cató, lloraba cada lagrimon más grande que el chico de mi hermana.

—Dicen que sabe mucho.

—No digo que no; pero ayer no sabía cuántos celemines tiene una fanega.

—Pues eso lo sabe todo el mundo.

—El maestro le dijo á mi madre que el tal señorito es mala persona, y que hay que vigilar á las mozas.

—Leandro, eso vá contigo. Desde que vino al pueblo anda detrás de Rosica.

—Ya sabe ella lo que tiene qué hacer.

—Si no dices otra cosa... Rosa es una chica honrada, y si tú lo haces mal con ella, ni las piedras te van á querer en el pueblo; pero ya sabes que donde hay gallinas es á donde van las zorras, y el que yo te dé un consejo es por tu bien y á nadie perjudica.

—Vosotros sabeis algo y no quereis decírmelo.

—Oye, Leandro. Haces mal en sospechar eso: no te mereces á Rosa. Ninguno de nosotros sabe nada, y el que sepa algo que lo diga, porque las cosas al principio tienen remedio, y si luégo ocurriera una desgracia todos seríamos á sentirla.

—No hableis más de eso. Rosa es mi hermana, y nunca ha andado en malas lenguas, y, sobre todo, el dia que ese señorito se propase, ya sabremos Leandro y yo el camino que hemos de tomar.

—Tiene razon Blas. A callar.

—Lo dijo Blas, punto redondo.

—Bravo. Zurdo; pero oye. ¿Qué haces encima de la mesa? Bájate; ya echarás esta noche el discurso.

—Lo siento. Ese levita ha venido para traernos tristezas.

—No lo creais. Ya lo verás en cuanto den las nueve. Que estemos todos listos. A las ocho en casa de mi padre. Rafael, ¿qué te debemos?

—Ya me han pagado.

—¿Quién?

—He sido yo; eso no merece aprecio.

—Leandro, no sé si darte las gracias; parece que estás de mal humor.

—No lo creas. Ya sabeis que soy vuestro amigo, y que no tengo más que una palabra.

—¡Ea! Se acabó todo. A callar. Cada uno que tire para su pesebre.

Biblioteca Nacional de España

—(Blas, no te vayas con nadie; vente conmigo.)

—Leandro, ¿no te vienes adentro del pueblo?

—No; me voy con Blas á dar una mano á la huerta.

—Buenos hermanos vais á hacer.

—Quiera Dios que sea pronto.

—Poco ha de vivir el que no lo vea.

—Adios; hasta luégo.

—Adios.

—A las ocho en casa.

—A las ocho.

—¿Qué quieres, Leandro?

—Nada; pero tengo miedo, tengo sospechas. A mí me va á ocurrir algo, y necesito que estemos juntos.

—Leandro, cálmate, y sé prudente. Ten sosiego y verás mejor. No sabemos nada de seguro. ¿Por qué recelas?

—Ayer Rosa estaba llorando junto al puente chico, y por más que hice no pude saber la causa de su tristeza.

—¿Quieres que vayamos á verla ahora mismo?

—No; es inútil; no dirá una palabra.

—Rosa te quiere.

—Ya lo sé, Blas; bien sabes que cuando no lo supe estuve á punto de morirme.

—Entónces, ¿por qué sospechas? La mujer que quiere defenderse no es vencida.

—No importa; me da el coraron que va á pasar algo.

—¿Quieres que me quede contigo?

—¿Dónde vas?

—Al cortijo.

—Bueno, vete; pero oye, me vas á hacer un favor.

—Dí.

—Tráete mi jaca que está en la torada. Pídesela á José María.

—Y ¿para qué la quieres?

—No lo sé; pero tráela.

—Tú estás preocupado, y haces mal.

—Bueno; déjame.

—El caso es que si traigo la jaca no voy á poder volver hasta las once.

—Si no quieres, no lo hagas.

—No te he dicho eso; ya sabes que en pidiéndome tú una cosa, no hay cuestion; pero te repito que tengas calma, porque tú eres un valiente, y ahora te ha entrado el miedo lo mismo que un resfriado.

—Blas, el dia que tiemble, me metes la navaja.

Biblioteca Nacional de España

—¡Ea! Basta de palabras. A las once tendrás la jaca en mi casa. Dile á mi padre dónde voy.

—Adios, y gracias.

—No las merece. Oye, que me guardeis un trago.

—Blas, perdóname si te molesto; pero ¡la quiero tanto!

—Anda, chico. Esa enfermedad no es de muerte. Ten calma, y espera á que yo vuelva.

—Adios.

—Adios.

—Adios, Blas.

—Adios, hombre.

.....

—Si me la quitan, si alguien me roba su cariño, voy á volver roja la campiña. ¡Es tan hermosa! Cuando nace el alba se extremecen las flores que dan al rio perfumado lecho, sacuden graciosas las menudas gotas de rocío, y luégo se abren hermosas, lozanas, y aromosas, y puras para admirarnos con sus colores y sus perfumes. Rosa es más hermosa aún. Sus cabellos son largos y rubios, y cuando los da al viento, juega éste con ellos, y á su cara los junta porque no halla nada más bello en qué posarlos, y si ella los separa corre indiscreto por su redondo brazo, porque es tan hermosa que, al verla, cierran su cáliz las flores, celosas de mirar tanta hermosura. Por debajo de su ventana corre un hilo de agua con pretensiones de arroyo, y cuando nace el dia suspiran las aguas que van pasando si Rosa no se ha asomado á dar los buenos dias á sus queridos pájaros. ¡Es tan hermosa! ¡Lo es tanto! Bajo su hermosa cabeza, bajo su blanco cuello, como la nieve que corona los picos de la Sierra, vive algo envuelto entre los pliegues del corpiño que soñé yo tan bello como esas nubes reinas de los cielos que, en las tardes del otoño, se mecen en los aires como el ave que se posa sobre el alto ciprés á contemplar la casa de los muertos, algo que se mueve delante de mí como las copas de los árboles en noche de tormenta. ¡Qué loco soy! Estoy haciendo versos como el señor maestro. ¡Rosa!... ¡Eres más bonita que la vírgen nuestra patrona...

—Leandro.

—¿Quién?

—¿En qué vas pensando?

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Si no te aviso, te metes dentro del pilon.

—Iba distraido.

Biblioteca Nacional de España

—Te buscaba.

—¿Qué quieres?

—Dos palabras. No es bueno que me vean contigo. Ayer, por la tarde, estaba el señorito nuevo delante de la ventana de Rosa girando su baston como si midiera la altura del balconcillo. Hoy por la mañana vino á encargarme una cuerda con nudos que tuviera de largo seis bastones como el que él llevaba. Mandó que pusiera un gran gancho en uno de los extremos. La cuerda es ésta. Yo sospecho, y tú eres mi amigo. Le debo á tu padre el pan que me como. Dí lo que he de hacer, y lo hago.

—¡Maldita sea mi suerte! Ven á mi casa.

—No puedo. Si vas á hacer algo, no nos deben ver juntos. Decídete.

—Entrega esa cuerda. Escucha. ¿Quieres servirme?

—Manda.

—Necesito unos cuantos expiando toda la noche la ventana de Rosa.

—Seremos todos los mozos.

—Nadie ha de moverse.

—Piensa que tú vales más que todo el pueblo.

—Piensa que no lo valdría si llevase la cabeza baja.

.....

.....

—Rosa, ¿dónde piensas dormir esta noche?

—¡Toma! ¡Qué pregunta! Pues donde siempre. En mi cuarto.

—Te voy á arrancar el alma.

—¡Leandro! ¿Qué dices? ¿Qué te pasa?

—Silencio... Ahora mismo te vas á casa de tu hermana. Allí has de pasar la noche. Que nadie lo sepa. Te va en ello la vida.

—¡Leandro!

—¡Cállate, y vete!

.....

.....

Son las diez y media; ya han sonado en el relój de la Casa Ayuntamiento. La ventana del cuarto donde duerme Rosa da á una calleja estrecha, la cual está ocupada á medias por un pequeño arroyo que va al lavadero. Cerca de veinte mozos se hallan escondidos tras una esquina. Su respiracion apénas es oída por ellos mismos. Todo yace en sombras y en silencio. El pueblo entero parece dormido; ni suena la guitarra ni el destemplado

Biblioteca Nacional de España

canto de los zagales. El relój da los tres cuartos. Alguien, que viene mirando con recelo alrededor, llega bajo la ventana y lanza algo al aire. Es un gancho que ha quedado sólidamente sujeto á la repisa. De él pende una cuerda. Por ella trepa pesadamente el señorito forastero; llega á lo alto y desaparece dentro de la habitacion. Más rápido que el pensamiento brota un hombre de entre las sombras que proyectan los casucos; ata el cabo de la cuerda á su cintura y sube ágil tras aquél que le precediera. Se escucha el galope de un caballo. Los mozos dudan qué hacer. Un ténue y lastimero quejido viene á explicarlo todo. Leandro lanza un hombre al espacio, pero el hombre no cae, porque á su cuello está sujeta la cuerda con un nudo corredizo. Luégo el matador salta de la ventana á la calle. Blas llega ginete en la jaca.

—Blas, apéate y dame las riendas. He muerto al señorito.

—¿Es eso?

—Sí.

—Salta á la grupa. Yo iré donde tú vayas.

Luégo se alejaron los mozos; luégo siguió el cadáver columpiándose poco á poco, y luégo cesó de moverse.

Biblioteca Nacional de España

LA VERBENA DE SAN PEDRO.

—Las desgracias se unen unas á otras como las nubes que forman la tormenta. El dia 28 de Junio bastó para hacerme desgraciado; bien es verdad que ya todo se había ido arreglando. Mi aficion á la música me perdió. Quería comprar un acordeon. A fuerza de ahorro había reunido 100 reales, precio en que tasaba el suyo un auvernés que recorría los pueblos de la provincia. Por aquella época se hallaba éste en la ciudad. Yo tenía el dinero, y buscaba una ocasion para hacer mi compra. La víspera de San Pedro me envió mi amo á Jaen con el encargo de acompañar á su hijo, que iba á la capital para no sé qué asunto. Así lo hice; llegué á la ciudad, busqué á aquel musiquillo, cerramos nuestro trato, cogí el instrumento, lo metí en una alforja, y aguardé á mi señorito en medio de la carretera por la cual habíamos de volvernos; pero el tiempo se pasaba, ya iba á anochecer, y mi amo no venía. Resolví sentarme y probar mis talentos músicos; llegué á cansarme de tocar, y, desesperado de aguardar tanto tiempo, iba á internarme dentro de la poblacion, cuando dos guardias civiles á caballo me cerraron el paso y me llevaron preso. Mi señorito me acusaba de haberle robado durante el camino veinte duros. Lo probaban tres cosas: primera, él había estado buscándome por toda la ciudad y negaba que nos hubiésemos citado en la carretera; segunda, se me había encontrado fuera de la ciudad en despoblado, y ya de noche, y tercera, el acordeon cuya adquisicion suponía la existencia del dinero. Se me registró en vano, y en vano lloré, rogué, supliqué de rodillas, arrastrándome por los suelos. Al cabo de algunos dias fuí de pareja en pareja hasta Alcázar de San Juan. Allí quedé libre, pero con la condicion de no volver á la provincia en no sé cuánto tiempo, y no he vuelto. Me gano la vida tocando el acordeon. Nadie me quiere á su servicio. Yo creo que este instrumento es mi ángel malo.

Biblioteca Nacional de España

SANTIAGO.

Recostados en la fachada del palacio están los gigantones, los enanos y la necesaria tarasca. La catedral está abierta, pero la fiesta religiosa ha terminado. La gente se apiña, buscando en las gradas del majestuoso templo un lugar desde donde poder ver, hasta en sus menores detalles, el baile del pueblo; éste, vestido con su característico traje hecho de telas de brillantes colores, llena la plaza, trasformándola en uno de esos campos sin cultivo donde crecen con profusion las amapolas y otras plantas cuando agita el viento sus corolas. Aquello era hermoso, pero no llenaba mis deseos. Me decidí á recorrer la poblacion, y andando, andando, y admirando sus recuerdos y sus bellezas, casi dí la vuelta y llegué junto á la calleja estrecha donde ocurrió el crímen que ha hecho célebre el nombre de Fernan-Perez Churruchao. Yo sabía lo que la historia cuenta de él, pero quise conocer la tradicion popular, no la que amolda á sus conveniencias el clero y la nobleza, ni la que pule y desfigura el escritor buscando un premeditado efecto para el final de un acto ó un capítulo. Yo quería oir la tradicion que guarda el pueblo ignorante, el erudito de la taberna, la marisabidilla del barrio, la vieja octogenaria. Frente al castillo de Churruchao había oido la relacion del trágico suceso á un ilustre poeta gallego, notable diplomático y jurisconsulto. Aquella historia, así descrita, me había conmovido. Despues deseé

Biblioteca Nacional de España

oirla con estilo diferente, tal vez desfigurada del todo por la ignorancia ó la malicia, como á nadie agrada, como me encanta á mí, porque así logro aprender el hecho y el comento, el efecto y la causa. Y como hallé un mendigo, que en todas partes hay pobres, y en Galicia no escasean, le hice mi pregunta en términos corteses, y él me contestó de esta manera:

—«Aquí murió un obispo que no sé cómo se llamaba, »y le mató un noble que se decía Fernan-Perez Churru»chao. La cosa pasó así. El noble tenía una hermana »más hermosa que toda las flores de esta provincia, y el »obispo se enamoró de la hermana, y luégo hizo con ella »no sé qué, pero algo malo. Entónces Churruchao, un »dia que iba por aquí el obispo con Dios en las manos, »fué y le mató. Despues empezó á hacer penitencia para »no morir condenado, porque nadie pasaba por esta »calle, porque había caído Dios al suelo cuando mataron »al obispo, y el Papa le había excomulgado al otro, y »Churruchao se fué á Roma á conseguir la absolucion, »pero el Papa no quiso dársela. Entónces un cardenal le »aconsejó que hiciera lo siguiente; le dijo así:

—»Mañana, cuando salgamos el Padre Santo y yo á »paseo, escapa V. á correr á caballo hácia un precipicio »(hácia un precipicio que había cerca del paseo), y el »Papa, al ver un hombre que vá á morir, le perdonará »todos sus pecados.

»Bueno; el dia siguiente iban paseando los dos, el »cardenal y el Papa, y de repente un hombre, montado »en un caballo, camina á todo escape hácia el precipicio. »No puede salvarse. Ya no le faltan sinó algunos pasos »para morir, y el cardenal le dice al Papa:

—»Señor, ese hombre vá á morir en pecado mortal; »dadle la absolucion.

—»Yo se la doy,—contestó el Papa,—si no es Fernan-Perez Churruchao.

»En aquel instante se hundía el caballo en el barranco.»

Yo pregunté al pobre si había obrado bien el Papa, y no supo contestarme; pero me aseguró que si él hubiera sido Fernan-Perez Churruchao acaso hubiera hecho lo mismo que él.

Despues le dí una moneda y me puse á reflexionar sobre las últimas palabras del mendigo, y aún sigo pensando, si bien estoy por creer que Papa, obispo y noble todos pecaron.

Biblioteca Nacional de España

LAS DOS VÍRGENES.

—¿Has almorzado bien?

—Perfectamente.

—Me alegro. Conque, vamos á cuentas. Tú has venido á mi casa en busca de un consejo. Ahora, con el estómago lleno, yo me hallo en mejor estado para darlo, y tú en mejor situacion para oirlo. Vamos por partes. Primero: ¿Qué es lo que te ocurre? Segundo: Planteamiento del problema. Tercero: Soluciones tuyas. Y cuarto: Consejo mío. De esta manera no hay embrollo. Ves diciendo que, positivamente, yo acabaré de hacerte hombre.

—Gracias por la lisonja. Una pregunta ántes de empezar. Aunque ya vas siendo viejo, y esto tú mismo lo reconoces, todavía no tienes el gusto perdido del todo. Quiero yo que fijemos el nuestro de una manera absoluta. Veamos: ¿Quiénes te gustan más, las rubias ó las morenas?

—Tú reconocerás que esa cuestion se refiere tan sólo al color del pelo, y que es, por lo tanto, peliaguda. Yo, por mi parte, te diré que opino como Campoamor. «Que todo es del color del cristal con que se mira,» y, por lo tanto, á veces vale más una morena que cien rubias; pero, por regla general, éstas son las que me han agradado y me agradan más.

—Celebro que pensemos de la misma manera. Segun eso, hallarás disculpable el que yo esté perdidamente

Biblioteca Nacional de España

enamorado de una niña de ojos de cielo y de cabello de oro.

—Te suplico que dejes de ser poeta. Ese vicio origina grandes disgustos.

—Ha sido un lapsus. Tú me has enseñado á ser positivista, y te supero en esta virtud, y si dije enamorado tómalo solamente en el sentido positivo de la palabra. Bueno. La chica en cuestion vale un imperio.

—Abreviando. Historia del caso.

—Vamos allá. Tú me has dicho que el que no roba el dinero ajeno es un hombre honrado; pero que aquél que, pudiendo, no se apropia la ajena mujer, será honrado, pero no será hombre. Esto me lo dijistes una vez en que cometí la tontería de incomodarme porque me habías hurtado la viuda de un gobernador. Así, pues, no te extrañará que omita los nombres propios y ciertos detalles.

—Lo siento. Si sigues aprendiendo de esa manera, pronto sabrás tanto como yo.

—Eso será honor para tí.

—Basta de digresiones.

—Continúo. La escena pasa en Copenhague, en Liverpool ó en Chamartin; es indiferente. Una niña rubia vive en una casa blanca con una vieja casi negra.

—¿Dónde has dicho que era eso?

—En Sebastopol.

—No; dí la verdad.

—Prométeme no abusar.

—Te lo prometo.

—Pues bien; la jóven en cuestion vive en (¿dónde diré?) vive en Sevilla.

—Bueno. Continúa.

—Pues, sí; es andaluza.

Una niña como un sol
Con dos ojos más brillantes
Que los ojos del jabon.

La tal moza se permite pasear por el campo dando celos á las perfumadas flores.

Detrás de ella una vieja, paso á paso
.....

Estoy inspirado, pero te lo diré en prosa. La dueña es un Argos. Puedo contar con la niña. Pero .. hé ahí la cuestion. Se trata de un rapto. Busca el texto que se refiere á este asunto, y dí.

Biblioteca Nacional de España

—Si no me das más detalles, no puedo decirte nada de provecho. ¿Cómo se llama esa jóven?

—El nombre no hace al caso, como dicen los novelistas.

—Sin embargo, yo quisiera saberlo.

—Si es capricho, te lo diré.

—Dí.

—Se llama María.

—¿De veras?

—Formalmente.

—Está bien. María. Vive en Sevilla. ¿Cuándo la has visto últimamente?

—Ayer.

—Ayer estabas en Madrid.

—Es cierto.

—Luego me engañas.

—Tambien es cierto. Dejaría yo de ser tu aprovechado discípulo.

—Tienes razon. ¿Qué deseas saber? Vas á cometer un rapto. Eso es mala cosa. Yo he quedado escarmentado. Suele tener malos finales. Siempre me acordaré del último.

—A ver, á ver; cuenta. Tal vez me sirva de modelo.

—Harás mal. Aquello fué horrible.

—Já, já, já. Imitas á Vico admirablemente.

—No te rías.

—Lloro y escucho.

—Haz lo que te dé la gana. ¿Has estado en Pamplona?

—Ya sabes que he nacido allí.

—Se me había olvidado. Entónces vale más que me calle.

—¿Por qué?

—Tal vez conozcas á los actores del drama que te voy á referir.

—Eso no importa. Lo hará más interesante.

—Es que yo confieso que obré mal.

—El arrepentimiento todo lo perdona, creo que dicen los curas. Por lo demás, yo ni pienso absolverte ni imponerte penitencia. Por mi parte, te perdono si el relato me entretiene y me sirve de enseñanza en esta ocasion.

—No quisiera cometer una imprudencia.

—Chico, te has cambiado; te desconozco. Déjate de tonterías, y cuenta.

—Adelante. Esto ocurrió ya hace muchos años. Tenía pocos más de los que tú tienes ahora. Fué en la pasada

Biblioteca Nacional de España

guerra civil. Había en Pamplona un brigadier, hombre raro y viejo, casado con una rubia muy jóven, y tambien rara por lo hermosa. Yo negociaba entónces en muchos artículos, que hicieron mi fortuna. Me sobraba dinero y me faltaba amor. Volví loca á aquella brigadiera. Te advierto que tenía un niño. ¡Parece que te pones malo!

—No; sigue.

—¿Conoces lo que te estoy contando?

—No; sigue.

—Aquella hermosa se llamaba Asuncion y me amaba de todas veras. ¿Tienes frio? Estás temblando.

—No, no. Sigue hasta concluir.

—Te advierto que yo fuí inocente. Una noche nos marchamos juntos. El marido estaba fuera; volvió al saber la cosa. Le formaron causa por haber abandonado su puesto, y resolvió suicidarse. Yo abandoné á aquella mujer...

—¡Miserable, no puedo oirte más! ¡Canalla! ¡Tú has muerto á mi padre! ¡Tú has deshonrado á mi madre!

—¡Mentira, mentira! ¡Eso no es cierto!

—¡Miserable! ¡Te voy á hacer pedazos!

—¡Atrás! Eso que dices no es cierto, y aunque así fuera, no creas que vas á matarme como á un perro. En todo caso, yo te mataré á tí. Acepto el desafío.

—¡Viejo canalla! ¡Tú no debes morir como los hombres honrados! ¡Tú eres un sapo inmundo; te voy á pisar!

—¡Imbécil! ¿Eres tú mejor que yo? Tambien te llamará sapo, já, já, já, el padre de esa jóven que tratas de seducir.

—¡Mentira! ¡Pablo la conoce y dice que no tiene padre! ¡Tambien él es un canalla! ¡Me ha dicho que te pida consejos á tí! ¡A tí, que vas á morir ahora mismo! ¡Ea, miserable!...

—¡Oye! ¡Silencio! ¿Cómo se llama esa jóven?

—No te importa. No hables de eso.

—¡Natividad!

—¡Esa es!

—¡Bandido!... ¡Mi hija!.. ¿Quiéres robarme mi hija?

—¡Esa es otra mentira! ¡Tú no tienes hijos!

—¡Sí, sí; es mi hija! ¡Es hija de tu madre!

—¡Las pruebas de todo eso!

—¡Silencio, silencio!... ¡Baja la voz!... ¡Somos dos malvados!... ¡Silencio, silencio!

Biblioteca Nacional de España

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

—Puedes negarlo, ó dudarlo, ó creerlo; pero de todos modos, lo que voy á decirte es verdad. Procura que no le pase á tu hijo lo que le ocurrió á Máximo. Tú ya sabes que á éste se le encontró muerto dentro de un nicho. Nadie conoce la causa de este suceso. Yo soy quien la sabe; te la voy á contar. Máximo era cajista. Vamos despacio. Máximo no había conocido á sus padres; éstos habían sido sustituidos por Márcos y su mujer. Márcos era entónces corrector en la imprenta de tu padre. Que Márcos y su esposa conocían á los padres de Máximo, es indudable, pero tambien es cierto que éste no oyó de aquéllos sinó semejantes palabras:

—Máximo, tú no eres hijo nuestro; tus padres han muerto y no quisieron darte su nombre. Quiérenos á nosotros como nosotros te queremos.

Máximo así lo hacía, y nunca supo pronunciar el apellido que le habían negado. Se llamaba Santa María, y... en paz con todo el mundo. Aprendió el oficio; trabajaba mucho y bien, y ya sabes que, dos dias ántes de morir, había cobrado por la década quince duros largos. Tú se los distes. Murió Márcos en Setiembre y su mujer á principios de Octubre. Máximo fué su heredero: poco heredó. Ya sabes que en el oficio, el que gana lo suficiente para poder ahorrar, se muere pronto, y Márcos llegó á los sesenta y ocho años. A fines de Octubre

Biblioteca Nacional de España

decíais todos: ¡Pobre Máximo; se ha quedado sólo y triste! Si no se distrae se muere de melancolía ántes que llegue San Eugenio: debiera casarse; no debía trabajar tanto: vamos á llevarle esta noche á nuestra fiesta, y otras cosas que me contaba Máximo, agradeciéndoos tal interés y sonriendo tristemente de vuestra inocente ignorancia. Yo te voy á decir en qué consistía la tristeza de nuestro amigo. Al morir la mujer de Márcos, pudo aquél abrir y cerrar libremente todos los cajones de la casa, y haciéndolo así halló un dia un paquete lacrado y sellado, en cuya cubierta estaba escrito lo siguiente: *Para quemar*. Pero nuestros vicios son siempre mayores que nuestras virtudes, y entónces la curiosidad fué mayor que la obediencia, y Máximo abrió el paquetito y halló en su interior dos cartas y un rizo de pelo muy rubio y muy bonito; parecía arrancado de la cabeza de Máximo Las cartas decían así:

«Sr. D. Márcos Santana: Muy señor mio: Supuesto que necesita V. hablar con la madre, le daré sus señas para evitar complicaciones. Cuando vaya V. á la casa, marque V. bien que es á Rosa á quien desea hablar, porque su hermana se llama Rosario y su madre Rosalía. La señorita Rosa tiene el pelo rubio, hecho sortijillas; es alta, muy blanca, delgada y elegante, sin ser descarnada; tiene el rostro ovalado, la nariz recta, los ojos azules, los labios delgados y un lunar en el superior. Viste una bata de merino de color negro. Si podeis hablarla en francés, hacedlo así. Ella y yo somos los únicos en la casa que conocemos ese idioma. Yo estaré fuera cuando vayais; no quiero que sospechen de mí; ya he tenido bastantes disgustos.—*L.*»

—Como ves, me sé de memoria esta carta; la otra era más lacónica; decía así:

«Márcos, mi querido amigo: ¿Qué daño os he hecho? ¿Por qué no me dejais ver á mi hijo? Decís que empieza á padecer de accidentes. Yo le curaré con mis besos. Iré á veros. ¿Queréis? Decidme que sí.—*Rosa.*»

—Bueno. Máximo leyó estas cartas, besó el rizo de pelo y empezó á buscar sin descanso á su madre. Llegó el primero de Noviembre, y Máximo nos acompañó al cementerio á mi mujer y á mí. Tú sabes que ni soy malo ni creyente; sin embargo, voy al camposanto todos los años. Allí están mis suegros y mis hijos, y Pepa les pone á los muertos luces muy bonitas, miéntras que á mí me alumbra en casa con un mal velon. En fin, cosas

Biblioteca Nacional de España

del mundo. Como te he dicho, fuimos los tres al cementerio. Allí ocurrió lo que todos los años. Mi mujer, ante el nicho de su padre, reza mucho y no llora, y luégo, delante de su madre, reza ménos y llora un poco; por fin, apénas vé la lápida que le separa de sus hijos, rompe á llorar con toda su alma y no reza un Padre nuestro. Despues de todas estas cosas dimos un paseo por los pátios. Había mucha gente, y, una vez entre la confusion, miré alrededor mio y no ví á Máximo; le busqué y no le pude encontrar, Tuvimos que venirnos sin él. Ajustando el periódico al dia siguiente, supe que aquella misma noche el guarda del cementerio había oido ruido de cristales en una galería. Al acercarse á aquel sitio, vió un hombre que huía; al amanecer pudo encontrarlo muerto dentro de un nicho. Al ser reconocido, el médico declaró que el tal sugeto había fallecido de resultas de un ataque epiléptico. Entré en sospechas. Cuando concluyó el trabajo fuí á casa de Máximo; no había noticias suyas; logré ver el cadáver de nuestro amigo. Fuí al cementerio. Adquirí detalles. El cristal roto cubría una lápida que tenía esta inscripcion:

«R. I. P.—Aquí yace la Sra. doña Rosa Guardafé de Viral. Falleció el dia 13 de Julio de 187..., á la edad de treinta y seis años. Su afligido esposo la dedica este recuerdo.»

Apoyado en el mármol había un cuadro con un retrato de mujer. La conocí enseguida. Ya me habrás comprendido. Máximo había querido robar el retrato de su madre. Aprende, pues, no le vaya á pasar lo mismo á tu hijo.

Biblioteca Nacional de España

SAN EUGENIO.

Yo tengo un manuscrito muy antiguo, sin principio ni fin, en el que hay muy bonitos cuentos. Uno de ellos es el que sigue, al que no añado ni quito letra alguna:

—Pues señor, había entónces en España un rey muy malo, y no era esto lo más triste, sinó que su ministro favorito aún era peor. Entre uno y otro martirizaban al pueblo con crecidos impuestos. Le robaban sus mejores hijos para convertirlos en soldados ineptos, y entregados á los peores vicios; pues en aquellos tiempos de rara paz no era la milicia sinó el oficio de los holgazanes. En fin, el pueblo estaba mal, y carecía hasta de libertad para quejarse. Todo esto no es extraño, pero tampoco es bueno. Pues bien: había en la calle de Toledo un tabernero, hombre muy conocido en todo su barrio, de honradez intachable, bien quisto y algo rico, pues se dedicaba á multitud de pequeños negocios, en todos los cuales había encontrado siempre la fortuna deseosa de favorecerle. Este tal estaba casado con la hija del antiguo dueño de la taberna, muerto del cólera. Rosa, que así se llamaba aquélla, era hermosísima mujer, y en tal dote nadie pudiera aventajarla sinó Margarita, su cuñada; ambas eran hermosas, pero de distinta hermosura. Una prueba de ello: llegaba Jueves Santo, y los curiosos vecinos formaban corro á la puerta de la taberna deseosos de ver á las dos hermanas luciendo el fondo del cofre. Antes que ellas, salía el tabernero, Francisco

Biblioteca Nacional de España

el Regalado, daba un cigarro y una copa á los amigos, y cuando sus parientes pisaban la calle oía, entre otros, el siguiente justo elogio poéticamente aderezado por el escribiente de un escribano:

—Señor Francisco, su mujer de V. es una rosa y su hermana una margarita.

Aquella familia parecía ser feliz, y, sin embargo, no lo era. Esto no es extraño; quien dijo ojos dijo lágrimas. La causa de sus penas era importante y antigua. El hecho pasó así. Un dia de San Isidro fué el rey á la Colegiata, permaneció allí algunos momentos, y despues montó en su carroza, y ésta se dirigió á la romería. Seguía al coche del rey el de la familia real, y á éste el del primer ministro. Los caballos iban á todo escape, cuando ya, casi enfrente del matadero, tras un brusco salto de la carretela en que el rey iba, se partieron las dos ruedas traseras de aquélla, y el coche fué arrastrado así algunos pasos. Por fin, los caballos se pararon; toda la servidumbre real acudió al lugar de la ocurrencia. El ministro coge entre sus brazos al rey, quien, pálido por el susto, y sin poder apénas tenerse en pié, pide un poco de agua inútilmente, porque Rosa, que enfrente vive, ya ha acudido con un gran vaso que, sostenido en la palma de su mano. parece perla que brota al nácar ó gota de rocío que duerme en la hoja de hermosa flor. El rey bebe, y luégo mira; el susto desaparece y la sangre acude al rostro de S. M. Ahora es el ministro, quien se halla pálido y no puede ménos de pedir otro vaso de agua. ¿A quién? A Margarita que se halla detrás de su cuñada; el rey se sonríe y ofrece su vaso al favorito. Este excusa tan gran honor, y bebe el agua que le trae la hermosa doncella; despues el monarca sube con el ministro al coche de éste, y luégo todos se marchan. Cuando el Regalado volvió á su casa supo lo sucedido, y aquella noche no tocó la guitarra porque le faltaba la prima. Esto fué lo primero que pasó: al dia siguiente era nombrado el tabernero encargado principal de la bodega del rey. Francisco fué llamado á Palacio, donde se le comunicó esta noticia, pero rehusó el destino de una manera poco cortés. Luégo llegó á su casa, llamó á su mujer y á su hermana, y, despues de contarles lo ocurrido, las dijo estas palabras:

—Si no pensais ser honradas toda la vida, quitadme la que me queda. Ahí teneis mi navaja.

Pero el arma volvió á su sitio, y todo quedó en paz

Biblioteca Nacional de España

Sin embargo, en aquella casa ya no hubo alegría. Al cabo de un mes entró un desconocido en la taberna, estando ausente Francisco. Pidió una copa de vino, que le sirvió Rosa, bebióse aquélla tranquilamente, y luégo se marchó dejando una moneda de oro sobre la mesa. Cuando Rosa se enteró del hecho ya era tarde para detener al rumboso caballero, y, sin aguardar á su marido, cambió la moneda en piezas de á dos cuartos, que fueron repartidas entre infinidad de pobres. Volvió el Regalado á su casa, y cuando Rosa le contó el suceso, dijo aquél poniéndose lívido:

—Sí otra vez te ocurre, das la vuelta con las veinte onzas que hay en el cofre.

Y luégo añadió:

—¡Ah! Ya sabes dónde tengo la barbera.

Despues de esto no pasó nada. Sí, pasaron cinco meses. Al cabo de éstos los vecinos de Francisco notaron que un hombre, al parecer caballero, rondaba de noche la taberna, y empezaron á hacer conjeturas. Nadie dudaba quién fuera la dama; todas las sospechas recaían en Margarita; los chismes corrieron de boca en boca y llegaron á oidos de Rosa. Esta contó el hecho á su marido, pero Paco se rascó la cabeza y no dijo nada. Entretanto, la presunta novia estaba cada dia más triste, adelgazaba por momentos é iba perdiendo sus hermosos colores. Esto era alarmante, y así lo pensó el matrimonio. Y el galan seguia paseando, y la dama enflaqueciendo, hasta que una noche, sentados los tres pacientes alrededor de la mesa y cenando, hizo Francisco esta pregunta:

—¿Estás mala, Margarita?

—No,—contestó ella, con extraño acento.

—Entónces, ¿por qué no comes? ¿Por qué no cantas? ¿Por qué enflaqueces y pierdes el color?

—Es que empieza á hacer frio.

—Ni aunque estuvieses tísica. Hermana, tú has empezado á perdernos el cariño, y es que estás en camino de perder, y el que ha de hacer eso no tiene pensamiento bueno.

—Eso no es verdad, Francisco; ya sabeis que os quiero con toda mi alma.

Y Margarita se echó á llorar

—Vamos, rubita,—dijo Rosa,—no hagas caso; ya sabes que éste siempre está pensando diabluras.

—Déjala que llore, mujer, así se le abrirá el apetito.

Biblioteca Nacional de España

—Cállate, no digas tónterías. Vamos, Margarita, ríete y cenemos alegremente.

Margarita sonrió de la misma manera que hubiese gemido. La cena continuó sin ningun otro incidente, si bien en silencio; luégo el matrimonio se fué á su cuarto, y la doncella al suyo; pero Francisco no se acostó ni Margarita tampoco; ésta se acercó á la ventana, cuyas vidrieras abrió; aquél espiaba á su hermana detrás de una puerta, luégo un hombre se acercó á la reja, y dijo bruscamente:

—¿Qué dices?

—Que no;—contestó Margarita con voz firme.

Francisco vió el rostro de aquel hombre ó lo adivinó tal vez; sus lábios brotaron una blasfemia, atravesó rápidamente las habitaciones, abrió la puerta de la taberna con el poderoso esfuerzo de sus hombros, y salió á la calle navaja en mano; no halló á nadie; y luégo murmuró algo, y dijo, entre otras cosas, el nombre del primer ministro. Al dia siguiente, el tabernero fué llevado á la cárcel; se le acusaba de liberal y conspirador; habia pruebas evidentes, segun se decía de público. Aquello fué un suceso que asombró el barrio; nadie quería creerlo; se murmuraban cosas horribles, pero el miedo suele ser mayor que la conciencia, y nadie osó atravesar el umbral de la taberna. Al anochecer, un hombre entregó una carta á Rosa, diciéndole estas palabras:

—Para V....

Ella rompió el sobre con ansiedad. En aquellos momentos valía más saber algo malo que no saber nada La carta decia así: «Puedes ser dichosa si accedes á »mis deseos. Te espero á todas horas en la calle de San»tiago número... Ya sabes quien soy.» No habia firma. Rosa rompió la carta y lloró silenciosamente con la cabeza cogida entre las manos. Entretanto, el proceso, en que figuraba Francisco como reo, seguía su marcha á pasos agigantados; los esfuerzos de Rosa y Margarita fueron inútiles. Un dia se dijo que el Regalado sería condenado á muerte. Cuando las dos mujeres lo supieron no lloraron: permanecieron tranquilas. Llegó la noche, se abrazaron estrechamente, sin decir una palabra, y cada una se fué á su cuarto. Aquel dia había sido fiesta; San Eugenio: en la taberna no se había notado. Rosa, de pié en medio de la alcoba, escuchaba atentamente. Llevaba un pañuelo á la cabeza y un manton sobre los hombros. No se sentía el más ligero ruido: la

Biblioteca Nacional de España

hermosa mujer caminó en puntillas hasta la puerta, la abrió, procurando no ser oida, y se encontró en la calle. Luégo, temerosa de despertar á Margarita, cerró la puerta sin echar la llave y se alejó ligera. Poco despues llegaba á la calle de Santiago y llamaba suavemente á la puerta de una casucha.

—¿Quién es?—preguntaron desde adentro.

—Rosa.

—¡Ah! ya. El que buscais está en el Pardo. Volved otra noche.

Rosa no contestó y permaneció indecisa algunos instantes. Despues empezó á caminar aprisa, llegó á la puerta de San Vicente y siguió la carretera.

.....

—Margarita, tu cuñada acaba de salir. Tal vez muera mañana tu hermano. ¿Qué dices?

—Que sí.

.....

Luégo empezaron á removerse los pajaritos en sus nidos y dejaron de brillar las estrellas. Margarita, á la puerta de la taberna, despedía á su amante diciéndole:

¿Y Francisco?

—No tengas miedo. Yo te lo regalo.

O el eco repitió estas palabras ó tal vez trajo el viento otras iguales. Ello es que se oyeron dos voces.

A la mañana siguiente, el tabernero salia libre de la cárcel y se dirigía á su casa casi contento. Al llegar notó con extrañeza que la puerta estaba cerrada sin ninguna vuelta de llave. Entró y halló á su hermana con la navaja clavada en el corazon. Nadie sabía de Rosa, pero algunos curiosos la habían visto salir sola la noche anterior. Francisco lo comprendió todo. Traspasó la taberna por muy poco dinero. Se fué, y nadie volvió á tener noticias suyas. A Rosa se la halló ahogada en el rio junto al puente alto que está cerca de los montes del Pardo.

Biblioteca Nacional de España

LA PURISIMA CONCEPCION.

No sé si te interesará. La historia es ésta.

Ya llevaba yo dos años viviendo en la calle de Fuencarral, cuando una mañana, al salir á la calle, vi frente á la puerta un pequeño carro con unos cuantos modestos muebles. Suelo ser curioso, y pregunté á la portera si se mudaba algun vecino, y ella, deseosa de hablar, como todas sus compañeras en el oficio, me dijo en voz baja, aparentando gran misterio, que se habia alquilado el sotabanco, y que aquellos eran los trastos de la nueva inquilina. Añadió que ésta era jóven, delgada, bastante bella, pero de un aspecto así... un poco... En fin, no era persona de confianza. Además, tenía consigo un niño de escasos tres años, y había dicho al casero que era soltera, y se llamaba Concepcion Martin. Todos estos eran graves indicios, los cuales, unidos al aire, sequedad, etc., de la nueva vecina, daban motivos bastantes para sospechar de ella.

Perfectamente enterado por esta relacion, como puedes suponer, salí de mi casa y seguí en lo sucesivo mi vida ordinaria sin ocuparme de aquel chisme, al que no dí ninguna importancia, conociendo la mala lengua de mi portera. Esto era en el mes de Agosto. A mediados de Noviembre, una mañana, bastante fria, oí sollozos y desesperado llorar en los pisos superiores de mi casa. Salí á la escalera en ocasion en que pasaba la bue na se

Biblioteca Nacional de España

ñora Fulgencia, á quien pregunté qué motivaba tal dolor. La mordaz portera me contó cómo la vecina del sotabanco, la costurera, se había quedado sin trabajo ya hacía algunos dias, y para mayor desgracia, el niño, que estaba bastante malo, habia muerto aquella misma mañana momentos ántes de levantarse su madre, porque, decia la señora Fulgencia:

—No le quepa á V. duda de que esa chica es la madre de su hijo. Yo ya se lo dije á V.; por lo demás, es cualquier cosa. Siempre la andan rondando, y aunque ella se hace la casta yo no lo creo. ¡Pásmese V.! Abajo la espera todos los dias uno que salió hace poco de presidio, y siempre está recibiendo cartas, y siempre traen la misma letra. Vienen de Cartagena. Ya V. vé, de buena parte. Esa mujer debe ser una capitana de ladrones.

Aquella viejecilla hubiera estado hablando hasta la tarde si yo no hubiera resuelto lo que había de hacer; pues, en cuanto pensé un poco en lo que había oido, subí las escaleras y me personé en el sotabanco.

La puerta estaba abierta y entré. Una jóven de unos veinte años proximamente, morena, hermosa, con unos ojos negros, rasgados, brillantes que, abiertos, imponían respeto, y entornados producían terror; estaba de pié junto á la cama con la cabeza apoyada en la pared, sollozando con desesperacion. Mi presencia la hizo erguirse; enjugó las lágrimos de sus ojos y me dijo ásperamente.

—¿Qué busca V.?

—He sabido vuestra desgracia, y vengo á ofreceros todo cuanto yo valga, si os puede servir.

—Gracias. Yo nada necesito, y este niño, como ve V., está muerto.

—Sentiré enojaros. Creí que podía seros útil.

—No me incomoda V. Le doy las gracias de todas veras.

—¿Vais á enterrar á ese pobrecillo?

—No lo sé.

—Es preciso hacerlo así.

—Es que no sé cómo hacerlo.

—¿Quiere V. que yo me encargue de eso?

—¡Ah, señor! le doy mil gracias. No sé quién es V.

—El vecino del principal.

—¡Ah! Vuestra hija es una niña de siete ú ocho años, muy bonita.

—Sí, señora.

Biblioteca Nacional de España

—He querido un dia besarla, pero vuestros criados lo impidieron. Todo el mundo tiene miedo de mí.

—¡Oh! No haga V. caso, yo procuraré que no vuelva á suceder. Permitidme que os haga una pregunta. ¿Habeis almorzado?

—Sí, señor.

—Creo que me engaña V.

—Es cierto; pero no tengo gana.

—Yo quisiera que acompañáseis á mi esposa; ella os consolará, y al propio tiempo besareis á mi niña. No es bueno que esté V. aquí.

—Gracias, caballero, mil gracias; pero no puedo acceder á lo que exigís de mí. No quisiera separarme de mi pobre niño.

—Eso tendrá que suceder.

—Al ménos miéntras pueda...

—Como gusteis. Adios, señora. Yo vuelvo pronto.

Es raro, decía yo bajando las escaleras. Esa mujer parece una reina pobre ó una miserable ennoblecida. No quiere salir de su cuarto. En fin, yo hago una obra de caridad, y esto me basta.

Y, efectivamente, se enterró al niño, y no pude tener la satisfaccion de que Concha entrase en mi casa. Valiéndome de medios indirectos, la busqué trabajo. Se me ha olvidado decirte que el niño se llamaba Lúcas Sanchez y Martin. Así pasó algun tiempo. El dia de Santa Bárbara me dijo la portera que Concha estaba muy mala, y añadió estas palabras: «Usted hace mal en »protejer á esa chica. El otro dia vino un inspector »preguntando por ella; parece que el presidiario que »venía á verla, ha vuelto á hacer otra fechoría.»

Yo no hice caso de esto, y subí al cuarto de mi extraña vecina. Para abreviar. Tú, que la asististes, sabes que murió el mismo dia de su santo. El resto de la historia, que es lo verdaderamente interesante, lo describen unas cuantas cartas, entre otras, las dos siguientes:

«Mi idolatrada Concha: Tu última carta me ha he»cho llorar mucho, y á tu padre lo mismo, porque eres »muy buena y no te merecemos. Ya sabes que yo salgo »de esta maldita casa á mediados de Diciembre. En »cuanto llegue á Madrid nos casaremos, y yo te pro»meto ser hombre de bien y trajabar de carpintero has»ta que seamos ricos. El otro dia, en el rancho, ví á tu »cuñado y le dije que había muerto su mujer, y que tú

Biblioteca Nacional de España

»habías recogido la criatura. Me ha dado un abrazo »para que yo te lo dé; Dios quiera que sea pronto. El »pobrecillo lloraba como un chico. No quiero ocultarte »que tu padre está bastante malo; lo peor es que ya es »viejo y esta enfermedad tiene mala cura. No te escribo »más porque no tengo tiempo. Adios. Bendita seas. La »Vírgen de la Caridad te dé salud y todo cuanto bueno »te desea tu cariñoso novio que te quiere con toda su »alma y corazon, *Paco*.»

La otra carta es ésta:

«Querida hija Concha: Hoy sale Ramirez para Ma»drid. Irá á verte de parte nuestra. Ten cuidado porque »no es buen hombre. Te lleva doscientos reales que he»mos ganado entre todos para tí. Hija de mi corazon, »acuérdate de nosotros. Tu padre, que te adora, *Juan* »*Martin*.»

Biblioteca Nacional de España

NOCHE-BUENA.

Yo tenía frio, y dije á Elena que removiese el brasero. Ella echó una firmita, como decía, formando un capullo de rosa con sus bonitos lábios, y luégo, sentándose en la tarima, reclinó en mis rodillas su cabeza. Era el 24 de Diciembre, y nuestro único regalo lo formaban aquellas áscuas que habían servido pocas horas ántes para hacer la miserable comida. No teníamos aceite en el candil ni dinero para comprarlo, porque desde tres dias atrás no habíamos vendido ni un solo cuarto de aguardiente. Yo empecé á pensar en la casa de mis padres, en aquella cena con que nos obsequiaba mi madre en dias semejantes, y, sobre todo, aquel año en que canté por primera vez en mi pueblo la misa del gallo; luégo me acordé de mi marcha á la ciudad, del festin del Obispo, en el que pronuncié un discurso que me valió mi último destino, y fijando mis recuerdos y mis pensamientos en este punto, me ví en Santa María al terminar aquel sermon sobre la pureza de la Vírgen, que conmovió profundamente á cuantos me oyeron, y ví una hermosa niña llorando al pié de la escalerilla del púlpito y la miré más tarde á mis piés confesando castamente su inmenso amor hácia mí, y la ví abandonar los brazos de su madre buscando los mios, y la ví huir conmigo de la ignominia, del escándalo, de la accion de la ley para venir á buscar en estos bosques un agujero donde ocultarnos, como venenoso sapo que el ca-

Biblioteca Nacional de España

zador espanta. Luégo pensé en mi hermano que, emigrado al otro lado de la frontera, tal vez tendría más hambre que yo, y sentí ruido en la tienda y escuché, porque tenía miedo de que me robaran. Entónces estaban estos montes llenos de ladrones; ahora hay muy pocos, y al que cojen lo fusilan en el camino ó le dan garrote en las afueras de la ciudad. A mí nunca me han robado; yo era aquella noche más pobre que hoy, y, sin embargo, tuve miedo; pero el ruido cesó, y yo volví á mis tristes recuerdos, y pensé en mi Elena, que adelgazaba horriblemente, y cuya rara tristeza me daba espanto; y así soñando, aunque despierto, no noté que el cuarto se llenaba de humo, y cuando de ello me dí cuenta, traté de incorporarme y levanté con mis manos la cabeza de mi mujer; aquella cabeza pesaba mucho, estaba inerte; tendí mi brazo á lo largo de su cuerpo, y comprendí que su pié ardía entre las áscuas; busqué luz y no la hallé; grité ¡socorro! y nadie me respondió; levanté el cadáver, haciendo un poderoso esfuerzo y lo saqué de la casa; pedí un rayo de plateada luz á los cielos, y los cielos me lo negaron. Maldije á Dios. Sentí el trote de un caballo y huí. A la mañana siguiente hallé la muerte envuelta en su blanco sudario de nieve. La tengo enterrada debajo de mi cama. Nadie lo sabe, y aunque así fuera...

Que haya un cadáver más,
¡Qué importa al mundo!

Biblioteca Nacional de España

NAVIDAD.

—Desengáñate, mujer; el que no es rico no vive.

—Pues mira, nosotros todavía vivimos.

—Esto no es vida, esto es cualquier cosa.

—Merecías un castigo; siempre te estás quejando, y sin razon.

—¡Hola! ¿Con que no tengo motivo para quejarme? Bien se conoce que tú no trabajas. Si yo pasase el tiempo remendando ropa y haciendo guisados diría lo mismo que tú; pero como no sucede así, sinó que á las siete ya tengo el cepillo en la mano y no lo suelto en todo el dia sinó para comer, como yo sudo lo que tú no calculas para ganar un jornal que apénas alcanza para mal vivir, por eso estás contenta ó lo finges. Bien te gustaría pasearte en coche y tener una docena de criados; pero no te verás en esas.

—Ni falta que me hace. A nadie debemos, ni nadie nos debe: el puchero nunca te ha faltado, y en el arca hay siempre un duro. Comprendería que te quejases si hubieses nacido marqués, pero ya sabes que tu padre anduvo peor. Ese sí que pasó trabajos.

—Porque no era hombre de industria.

—Oye, ¿y en qué empleas tú la tuya?

—Ya la emplearé; todavía no se me ha presentado un negocio.

—El negocio que puedes hacer es marcharte á trabajar, que ya son las seis y media.

Biblioteca Nacional de España

—Maldito taller. Algun dia le perderé de vista.

—Dios no lo quiera.

—Cállate, y no digas barbaridades. Dame la capa.

—Ahí la tienes.

—Bueno, adios; hasta luégo.

—Adios. Abrígate, que hace frio. ¿Para qué querrá ser rico si yo no le había de querer más aunque lo fuera?

.....

—Las mujeres discurren con los piés. No saben más que lo que las han enseñado. ¡Si yo tuviera dinero, es decir, mucho dinero!... Un millon; no, dos millones: sin embargo, esto no es mucho. Se pueden tener cien millones y más. Yo no quisiera eso; no sabría en qué emplear tantos billetes de á cuatro mil reales, pero luego se aprende. Ya lo creo; con cien millones sería yo una gran cosa. Cien millones es poco... ¡Si yo supiera hacer brillantes! El hijo del maestro dice que son pedazos de carbon; esto no debe ser verdad; ¡oh! ¡si lo fuera! Cáspita, hace frio. Estas páscuas se van á helar los pastores de Belen. Si yo tuviera dinero pasaría la gran Noche-buena, pero ya me contentaré con unas sopas. Iremos á oler besugos á la plazuela, ó á la Plaza Mayor á tomar una racion de vista. No debía haber pobres al ménos yo no debía serlo. La verdad es que el mundo anda al revés; les sobran tantas cosas á los ricos que á nosotros nos faltan. Prueba de ello: con el paño que tiene demás el gaban de mi casero hacía yo unos pantalones para mi chico. No está esto mal pensado. Mucho hielo hay por la calle. Si yo fuera marqués me estaría ahora en la cama hasta que hubieran encendido la chimenea. Pero si todos fuéramos marqueses no podríamos tener criados; entónces los condes servirían á los duques. Total, lo que nos pasa á todos; hablamos y discurrimos mucho, pero nunca tenemos una peseta. Para mayor desgracia no llevo dinero, sinó me tomaba una copa de aguardiente. El tabernero me fía, de seguro, pero podía creerse que no le voy á pagar. Nos pasaremos sin ella. Al fin, el taller está cerca, y dentro de él no hace frio, todo lo contrario, se suda. Parece mentira, si le dijeran á un rico que había de sudar en invierno á fuerza de serrar madera, lo negaría. Yo creo que los ricos no sudan sinó los constipados; tampoco se curan por la homeopatía. Ea, ahora póngase V. á trabajar hasta las doce; váyase V. á comer y vuelva á

Biblioteca Nacional de España

la una á dar martillazos ó á cepillar hasta las cinco y pico, expuesto siempre á perder un dedo ó á hacerse una cortadura que le prive de cojer la herramienta dos dias, durante los cuales no se gana y se come, y gracias á que mi maestro no es tan salvaje como otros, y á que me guarda algunas consideraciones. Al fin y al cabo esto no es extraño; él me enseñó el oficio, y la verdad es que hoy dia no se encuentra un oficial como yo. Todos al entrar en un taller dicen que saben hacer grandes cosas, y luégo, ó dejan fria la cola ó la queman. Esto no les impide pedir tan frescos doce y catorce reales de jornal; por fortuna, pronto se les conoce, y algunos que empiezan ganando tres pesetas concluyen trabajando por la comida. Ya está abierto el taller. Vamos adentro.

.....

—Alejo, ¿cómo va ese asunto?

—Cada vez peor, maestro.

—¿Qué es eso, Alejo? ¿Te ocurre algo malo?

—Ya lo creo, y tanto.

—No me has dicho nada.

—Creí que lo sabías. Te lo contaré. Los hermanos de mi mujer, que viven en el Escorial, me encargaron un décimo de la lotería de Noche-buena. Tontunas de pueblo; se les figura que la suerte está en Madrid. En fin, pase: cada uno tiene sus manías. Compro el décimo. Aquí todos somos trabajadores y se puede decir la verdad. Aquel dia no tenía más que los diez duros que gasté, y por la tarde tuve que molestar al maestro para que me diera dinero porque sinó me quedaba sin comer al dia siguiente.

—Tú no me molestas á mí, ni ninguno que trabaje en mi casa.

—Gracias, por todos; Dios se lo pagará. Pues bien; es el caso que ahora mis cuñados no quieren el décimo, han comprado otro y no quieren jugar dos. Yo no me he atrevido á decirles nada porque no quiero disputas con la familia, y es gente bien acomodada y tal vez necesite de ellos.

—Chico, eso es una infamia.

—Aguárdate. He ido á ofrecerlo á una administracion de loterías y no han querido tomármelo. Los vendedores me dan seis duros por él. He buscado álguien que quisiera jugar, pero ya estamos á 22, mañana es el sorteo y ya cada uno ha empleado el dinero de que ha po-

Biblioteca Nacional de España

dido disponer. Yo no quiero quedarme con el décimo, bien puede ser que tenga suerte y me haga rico, pero esto es dudoso, y sinó sucede así no sé cómo me las voy arreglar ahora que vienen seguidos tantos dias de fiesta.

—Alejo, si te falta un duro me lo pides á mí.

—Gracias, maestro.

—La cosa es grave, pero yo en tu caso probaría la suerte. Tal vez salgas de pobre para toda tu vida.

—No lo creas; lo probable es que pierda los diez duros.

—¿Quién sabe?

—Por eso mismo que no lo sabe nadie, no lo sé yo; si tuviera la seguridad de que había de hacer fortuna, estaría completamente tranquilo.

—No sería la primera vez que ha sucedido eso.

—Oye, ¿quiéres comprarme el décimo?

—Tal vez te lo compre.

—Me harías un gran favor; pero de todos modos creo que harías mal, á ménos que ya seas rico.

—No, por cierto; si lo fuera, no jugaría á la lotería.

—Es decir, que me lo compras.

—No, no he dicho nada. Ya hablaremos.

—Antonio, creo que se te va la cabeza. Si compras el décimo te quedas como está Alejo ahora, tal vez peor, porque tú tienes un chico y él no lo tiene.

—Yo no lo he comprado todavía; ha sido un decir.

—Pero tienes ganas de comprarlo.

—Si cogiera el premio gordo...

—Toma, entónces no te lo vendería Alejo.

—Es cuestion de suerte.

—Pues no te fíes de mujeres, engañan á cualquiera. Yo no he jugado nunca.

—Pues hazte cuenta de que has ganado en todos los sorteos.

—Mala cuenta es esa.

—Yo te aseguro que es la mejor de todas.

—Bueno; yo no he dicho si lo compraré ó no.

—Por mi parte puedes hacer lo que quieras; te he dado un consejo y nada más; ahora tú lo sigues si quieres ó no lo sigues.

.....

—¿Dónde vas, Alejo?

—A comer.

—Dí, ¿llevas el décimo?

Biblioteca Nacional de España

—Sí.

—Acompáñame á mi casa; me esperas en el portal; yo bajo enseguida con el dinero. Te compro la suerte.

—Haces mal; si luégo no te toca voy á tener un disgusto.

—Más lo sentirías si lo perdieras tú.

—Es verdad; pero la sentiré de todos modos.

—Bueno; estoy resuelto. ¿Me lo vendes ó no?

—¿Qué he de hacer? Te lo venderé.

—Pues vente conmigo.

.....

—¿Qué te pasa?

—Tardas un siglo en abrir. Dame la llave del cofre.

—¿Para qué?

—No te importe; la llave del cofre. Vamos.

—Ténla.

—Bueno, listos. Cierra y espérame.

—¿Te llevas el dinero?

—Sí, ya lo ves.

—Mira que no tenemos más. ¿Qué vas ha hacer? dímelo por amor de Dios.

—Nada malo. Déjame pasar.

—¿Qué vas ha hacer? Dímelo. Yo quiero saberlo.

—Basta de tontunas. Ahora vuelvo.

.....

—Ahí tienes lo que he hecho.

—¡Dios mio! ¿Has comprado un décimo? Pero tú estás loco...

—¿Por qué?

—¿Sabes tú lo que has hecho?

—Ya lo creo.

—¡Hemos perdido nuestros ahorros! ¿Con qué vamos á vivir estas Páscuas?

—Perdido... no es seguro. Puede ser que nos hagamos ricos.

—¡Vírgen Santa! ¿Tú no comprendes que estos dias no hay trabajo? ¿Qué vamos á comer? Eso es papel mojado.

—¿Por qué? Nadie sabe dónde está su suerte. Tal vez mañana nos sobre el dinero.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—No llores, mujer. No nos sucederá nada malo.

—¿Qué vamos á comer?

—Eso es cierto; yo creí que éramos más ricos; pero no te apures; me dá el corazon que haremos fortuna

Biblioteca Nacional de España

muy pronto; no llores; si así no fuera, yo buscaré trabajo y trabajaré en casa los dias de fiesta.

—¡Y qué necesidad tenías tú de hacer eso cuando nada te falta y hubieras podido estas Páscuas divertirte más que nunca!

—Bueno; á lo hecho, pecho; ya no hay que hablar del asunto. Guarda el décimo en el cofre y vamos á comer.

—Guárdalo tú. No quiero ni tocarlo.

—¿Tanto miedo le tienes?

—Tengo miedo de tí.

—No seas tonta, y cállate. Ya has hablado bastante.

—¡Pobre hijo mio!

—Bueno; ten la llave. No se te vaya á perder.

—Para lo que está dentro del arca...

—Tal vez lo que tú no calcules.

—Yo ya lo sé.

—Vas á pasearte en coche.

—De muerto, y ni áun eso tampoco.

—Ea, basta de incomodidad; la cosa no tiene remedio.

—Vende el décimo.

—Conque se lo he comprado yo á Alejo, porque no encontraba quien lo quisiera.

—Los vendedores de la Puerta del Sol...

—No dan más de seis duros.

—Véndelo.

—¿Voy á perder cuatro?

—No importa.

—No quiero; se acabó.

. . . . . .

—Esto es horrible. Soy dueño de un millon. No me cabe duda ninguna. Alejo me ha dicho terminantemente que su número es un trece mil setecientos ó nuevecientos, y que luégo sigue un veintitantos. El premio gordo corresponde á la administracion donde Alejo compró el décimo, y es el trece mil nuevecientos veintiuno. ¡Pero ese papel no parece! Lo he buscado por todos partes. Es seguro; soy rico; muy rico, mucho no, pero bastante. He revuelto el cofre, la casa, todo, y no parece. ¿Dónde estará metido? ¡Dios mio, ten piedad de mí! El caso es que el maestro me ha despedido. Está montado á la antigua. No me importa, porque soy rico; pero ese décimo, ¿dónde estará? Ya me he cansado de buscarlo. Llevo un dia revolviéndolo todo. Trece mil nuevecientos veintiuno. Es mi número. Señor, ¿porqué me haces desear tanto la dicha? Estoy loco, completamente

Biblioteca Nacional de España

loco. A nadie le sucede lo que á mí. ¡Valiente Nochebuena estoy pasando! Ya son las dos de la madrugada. Petra.

—¿Qué quieres?

—¿Lo has encontrado?

—No.

—Bueno; yo voy á echarme un poco. Estoy muerto Si lo encuentras me avisas.

—Está bien.

.....

.....

—Oye, oye, aquí lo tienes. Estaba dentro de un pañuelo. Despiértate.

—¿Qué es eso?

—El décimo.

—¿Sí? Trae, dámelo. A ver. Trece mil nuevecientos veintiuno. ¡Dios! Es el trece mil setecientos veintitres. ¡Maldita sea mi estrella! Vete. Quiero estar sólo. Déjame. Véte, vete. No quiero pensar en esto. A ver si nos ha tocado un premio pequeño; si no es así, no vengas.

.....

.....

—¿Duermes?

—No. ¿Nos ha caído algo?

—Nada.

—Entónces déjame. ¿No te lo he dicho?

—Es que ya son las once, y no he ido á la plaza. No hay dinero.

—Yo no quiero comer. Véte. Tengo ganas de llorar.

—Vida mía, ¿por qué no quieres que lloremos juntos?

Biblioteca Nacional de España

LOS SANTOS INOCENTES.

La víspera de Inocentes teníamos en casa de Salazar la siguiente conversacion:

—Yo ni digo que sea malo ni que sea bueno. Lo que aseguro es que es tonto.

—Exajeras muchísimo. Si llamas así al que ni va á bailes ni á fiesta alguna, tienes razon; pero advierte que Juan es un ser totalmente desgraciado. Huérfano tal vez sería más feliz, pero miéntras viva su madre no cesará de llorar. La adora entrañablemente; no se ha casado por no separarse de ella ni un instante, y eso que la marquesita se merece cualquier sacrificio. Luego la pobre señora es muy anciana, está siempre enferma; seguramente se moriría si le faltase el beso de su hijo ántes de dormirse ó al abrir los ojos terminado su sueño.

—Todo eso es muy romántico. Debes escribirlo. Nada importa que la madre sea vieja, ni esté mala para que el hijo haga y diga tantas necedades. La otra noche habíamos proyectado una gran cena en el café inglés. Ya estábamos hartos de aguardarle, cuando recibimos una tarjeta suya en que nos decía con frases ampulosas que estaba muerto socialmente. Esto es ridículo.

—¡Y tanto! Ayer noche estábamos jugando, dieron las once, perdía algun dinero, ó no le quedaba más, ó tuvo miedo de seguir perdiendo, ello es que se levantó diciéndonos melancólicamente que iba á dar las buenas noches á su madre.

Biblioteca Nacional de España

—¿Te has enterado? Pues otro tanto hizo en mi casa la noche de la última reunion. Sin duda temió perder unos cuantos duros que nos había ganado. Excuso decirte que el suceso dió que reir.

—Yo no niego que su lenguaje parezca afectado; lo que niego es que sea hipócrita. Yo aseguro que es verdad todo cuanto dice. Por lo demás, haceis mal en ofenderle, pues si no es vuestro compañero de alegrías, es quien sufre más que vosotros vuestros dolores, y no hay aquí quien me desmienta.

—Mal camino sigues, abogadillo incipiente. No encuentras un vivo á quien defender, y haces tuya la mala causa de los muertos.

—Bravísimo, chico. Estás sarcástico como la pimienta.

—Pablo, no me elogies, que me pierdes.

—Líbreme Dios de contradeciros en todo el dia. De seguro habeis almorzado bien.

—Es natural; como que no estamos muertos socialmente. Valiente palabreja. La Funeraria social, cajas y hábitos para difuntos sin sociedad. Silencio, no reirse; D. Juan Guadabin ha fallecido socialmente á las tres de la tarde del dia de hoy. Sus parientes y amigos suplican á V. se sirva encomendarle al Dios de los misántropos, y asistir á la conduccion de su frac y sus guantes desde la casa mortuoria, calle del Barquillo, á la sacramental del Rastro, en lo que recibirán especial favor. Se suplica la insociabilidad.

—¡Sublime! ¡Piramidal!

—¡Oh, ya lo creo! Tienes un peristilo griego...

—Pablo, no me adules. Por amor de Dios.

—Lo dicho. Estais de humor; hay que dejaros.

—Ven aquí, moralista. Se trata de darle una broma á Juan, mañana que es dia de Inocentes. Cada uno tiene su proyecto. Todos son malos. Este quiere enviarle por la mañana todas las burras de leche que hay en Madrid. Tomás va á enviar dos mozos de café para que se presenten con toda clase de formalidades á reclamar el coste de su cubierto de la otra noche. Se le va á pedir dinero prestado. Vamos á regalarle seis botellas de Champagne del comun. ¿Entiendes? Del comun, y corriente. Hay ideas colosales. ¿Qué proyectas tú?

—Yo voy á enterarle de todo lo que vais á hacer.

—No harás tal. Si estás esta noche de mal humor, ó quieres hacer alarde de virtudes que no tienes, sea en-

Biblioteca Nacional de España

horabuena; pero nadie te da derecho á que vengas a aconsejarnos ó á molestarnos. Estás cargante, muy cargante.

—Y tú estás lo que no quiero decirte. Adios.

—Vete en paz y ojo con lo que haces. ¿Habéis visto mayor danzante? Ahora irá á contárselo todo á Juan; por fortuna no le he dicho mi mejor proyecto que se me ha ocurrido ahora mismo.

—A ver, debe ser bueno.

—Estás inspirado.

—¿No declara Juan que está muerto? Bueno; pues lo que le hace falta es una caja. ¿Qué? ¿No os gusta la idea?

—No parece propio.

—Es broma pesada. Esas cosas son sérias.

—Os habeis contagiado. Ese nene os ha puesto enfermos. Que una caja de muerto es cosa séria. Ya lo creo; pero eso se arregla. Se colocan dentro de ella unos cuantos dulces, mazapanes, turrones, quesos, botellas, y ya la cosa varía.

—Siendo así, por mí no hay inconveniente.

—Y pregunto yo: ¿quién llevará eso?

—Cualquiera.

—Y preguntas tú: ¿por qué habré nacido tan tonto?

—Siempre estás diciendo lo mismo.

—Pero, Pablo, si te faltan todos los sentidos.

—Bueno, mejor.

—Para tí; que te aproveche. Conque, ¿quedamos en eso?

—Sí; convenido.

—Pues ántes de que anochezca, manos á la obra.

. . . . . .

—La dejo á V., doña María; ya es bastante tarde.

—Pero, ¿se va V. solo, hijo mío?

—Sí, señora.

—Juan, ¿por qué no sales un rato?

—No, mamá, hace frío; apénas tengo ganas de moverme. Sin embargo, si V. tiene algo que mandarme...

—Nada, absolutamente nada. Pero estás siempre aquí encerrado. No debe serte provechoso. Creo que estás triste. ¡Ay! ¿Cuándo querrá Dios que te deje libre?

—Madre mia, me ofende V. y á sí misma, y á Dios, pensando y diciendo esas cosas.

—Juan, no te enojes; pero... ¡te quiero tanto!

—¿Y por eso desea V. dejarme huérfano?

—No, hijo mio, no. No hablemos de eso.

Biblioteca Nacional de España

—Adios, Lazaro, hasta mañana.

—A los piés de V., señora.

—Adios.

. . . . . .

—¿Has estado en casa del marqués?

—No; ahora iré. ¿Por qué no me acompañas un rato?

—No es posible. Ya ves como está mi madre. No sabemos cuando va á morir. La primera lluvia la entierra. Parece que estás caviloso.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—He hecho propósito de no decírtelo.

—Me pones en cuidado.

—Sólo te diré que no te fíes de ninguno de tus amigos, exceptuándome á mi.

—¡Ah! ¿No se refiere el asunto á mi madre?

—No, por amor de Dios.

—Ni á...

—Tampoco.

—Entónces sigo tranquilo. Alguna broma.

—Eso es.

—Pues por tan poca cosa no quiero robarte el secreto.

—Si quieres te lo diré.

—No, nada de eso. Que des recuerdos mios. Dile á su padre que he comprado por los dos á 15'75.

—Se hará todo. Adios.

—Adios, dichoso.

—Y tú, desgraciado.

—¡Oh, no! cada uno es feliz á su manera.

. . . . . .

«Eres un miserable. Te espero enseguida en mi casa.
—*Juan.*»

. . . . . .

—¡Gócese V. en su obra, so canalla.

—¡Dios mio! ¡Tu madre, muerta!

—Tú has sido su asesino.

—¿Yo? ¡Mentira!

—¡Si! Tú sabías que me iban á enviar esta caja de muerto, y no me lo has advertido. Tal vez hayas sido tú el gracioso. Ahí tienes las consecuencias.

—Yo no he sido. ¿Mientes! No sabia esto. Te lo juro por el cádaver de tu madre.

—Entónces, dime quién es, porque voy á enterrarle con ella.

Biblioteca Nacional de España

SAN SILVESTRE.

—Esta carta es horrible; voy á leerla otra vez á ver si se me ocurre una idea que me salve.

«Sr. D. Cárlos Lobach: Muy señor mio (ya no me »llama amigo suyo, ya no espera nada de mí): Usted »recordará que en Julio del actual robó á esta caja cin»co mil duros (¡infame, bien sabe por qué!), y recordará »tambien que á mí me debe V. el no estar en presidio. »Usted prometió entregarme ántes que acabara el año »la expresada cantidad. El balance de esta Compañía »está terminado. V. lo sabe. Mañana es dia 31, y á las »dos de la tarde se recontará la caja en presencia del di»rector, que ha llegado hoy á ésta. Si á las doce en pun»to del dia de mañana no me entrega V. los cien mil »reales, daré parte al Juez á las doce y cinco minutos »del robo con fractura que cometió V. en Julio. Este »negocio puede costarme la pérdida del empleo, pero á »usted es fácil que le cueste la vida. Barcelona 30 de »Diciembre de 187...—*Juan José Monchats.*»

—Nada... Hago mal en pensar. Ya no hay remedio. Mi padre es el único que puede salvarme. ¡Si Dios hiciera un milagro!... No me pesa, no. Moriré en el patíbulo ó en el presidio, pero no me pesará. Me obligaron... Esto nadie lo sabe. No debo decirlo. Me llamarían cobarde. Dirían que inventaba una novela para librarme de la deshonra, y aunque lo creyeran... Yo robé, luego soy ladron. Si mi padre pudiera... pero ya debe

Biblioteca Nacional de España

ser imposible. ¡Dios mio! tu infinito poder puede sacarme de este abatimiento en que me hallo. ¡Dios mio!.. ¡Dios mio!.. ¿Quién? ¡Ah! ¿Es V., D. Pablo?

—Yo soy, hijo mio.

—¿Y mi padre?

—Descansa en paz.

—¿Cómo? ¿Qué es eso?

—Ruega á Dios por él.

—Pero, ¡qué!... Claro. ¿Está peor?

—Hijo mio, su cuerpo ya no padece.

—¡Mentira, mentira! No ha muerto; no puede ser. Yo necesito que viva... es preciso... ¿lo entiende V.? Es preciso.

—Hijo mio, resignacion, calma.

—Silencio... Déjeme V. pasar.

—Vas ha hacer una locura. Ten prudencia, ten resignacion. Todos hemos de morir. El tambien hubiera sufrido horriblemente si tú...

—Bueno... Basta... Paso... ¡Maldicion! Déjeme usted paso...

—Jesús

.....

—¡Padre mio, padre de mi corazon! ¡Despiértate, padre! ¡Que estoy aquí! ¿No me oyes? Soy tu hijo. Tu hijo Cárlos, el que tanto te ha querido. Oyeme. No duermas padre; no duermas ahora. Oye. Acuérdate de Las Casetas; pero.. muévete. Dejadme libre. Fuera de aquí todo el mundo. Fuera... ¡Oh! mañana estaré preso... ¡Padre! Eres un miserable. Te mueres ahora que podías salvarme de la deshonra ¡Las Casetas! Allí ibas tú á morir y yo te salvé y ahora me dejas abandonado. Pero ¡padre! despiértate. Si parece que te estás burlando de mí. ¿Oyes lo que te digo? Me llaman ladron; me van á prender y luégo me matarán. Díles tú la verdad. Tú tienes la culpa de lo que me pasa. Yo fuí bueno contigo. ¿Por qué eres conmigo malo? Despiértate, ó voy á renegar de tu sangre. ¿Por qué no te mueves? Sí, padre, padre mio, padre de mi corazon. Oyeme. Sé bueno. Yo te he querido siempre con toda mi alma. Ya ves lo que me ocurre. ¿Qué hago, padre, qué hago? Anda... dime algo. Tienes frio. ¡Oh! Locura. Estoy hablando con la muerte. Ya sólo puedo seguir un camino. Valor.

.....

—¿Sabes quién ha muerto ayer por la noche?

—¿Quién?

Biblioteca Nacional de España

—El padre de Cárlos.

—Lo siento.

—Parece que dices eso friamente.

—No, lo he dicho con la mayor naturalidad.

—Me había parecido...

—No me alegro, y en paz.

—Así se portarán contigo.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada.

—¿Quiéres que me ponga á llorar?

—Harías mal. Nadie te creería. Haces gala de tener mal corazon. Mi padre dice que eres el mejor cajero que ha tenido. Efectivamente. Eres un hombre metálico. Tal vez habrás tenido con Cárlos algun disgusto, y ahora casi te alegras de que haya muerto su padre. Llevarás tu rencor hasta sabe Dios dónde.

—No me juzgues de esa manera. No creas que obro por rencor. Si algun dia hago mal á Cárlos será cumpliendo mi deber. El se tendrá la culpa.

—No te entiendo.

—Es que no quiero que sigas opinando mal de mí. Yo no quiero hacer daño á nadie. Ahora, las circunstancias pueden mucho, y tú comprenderás que por un quídam no he de perder el pan de mi casa.

—No sé qué quieres decir. Haces mal en hablar de ese modo. Así nunca se gana nada. Dí qué es lo que te ocurre.

—Te lo diré, pero con la condicion de que has de guardarme el secreto.

—Esa recomendacion es ociosa. Habla con entera confianza.

—Bueno. Tú sabes que el padre de Cárlos fué prisionero de los carlistas. El cabecilla Chico, en cuyo poder estaba, era un miserable, y un dia Cárlos recibió una carta del tal faccioso en que le ofrecía la vida de su padre por cinco mil duros, en letra sobre Bilbao á vuelta de correo. Cárlos pidió dinero á todos sus amigos y conocidos, pero nadie le auxilió. Yo estaba enfermo; vino á mi casa con la misma demanda; yo nada podía hacer y no le dí nada; pero él logró hurtarme las llaves de la caja y, no pudiendo, por ignorancia, abrir ésta, rompió una de aquellas y dobló con un formon el pestillo de la falsa tapa, cogió el dinero y giró en casa de Blanch, el proveedor. Acto contínuo vino á verme, me contó cuanto había hecho y me dijo estas palabras: «Haz lo que

Biblioteca Nacional de España

»quieras. Mi honra vale ménos que la vida de mi padre. »Yo procuraré pagarte ántes que termine el año.» Yo no sabía qué hacer; pero Cárlos lloró, suplicó tanto, que accedí á sus deseos. Hoy, á la verdad, me pesa haber obrado así. Tal vez tu padre no sea tan bueno conmigo. Son las once; dentro de una hora termina el plazo.

—¡Dios mio! Has cometido una imprudencia. Debieras haberme dicho todo esto hace ya tiempo.

—Yo creí...

—Busca á Cárlos y ven con él al despacho de mi padre.

. . . . . .

—Es muy inteligente y laborioso. Produce diez mil veces lo que gana. Yo siento tener que despedirle de mi casa, si bien procuraré que sea de una manera decorosa. Tengo la seguridad de que hubo de perder la razon al cometer el robo. Tal vez hubiera reintegrado si su padre no hubiera estado constantemente enfermo.

—Yo le señalaré en mi casa treinta mil reales de sueldo. Yo abono ahora los cinco mil duros.

—¡Oh! no. Si V. quiere iremos á medias.

—Me quita la mitad de la satisfaccion.

—Es un placer obrar bien, sobre todo cuando acaba un año y empieza otro.

—¿Y el cajero?

—Es bueno que escarmiente. Me haré el enfadado. Parece que pasa el tiempo.

—Si, ya debe ser tarde.

—¡Padre! ¡Padre!

—¿Qué ocurre? Dí.

—Cárlos se ha suicidado. Se ha ahogado en el muelle de la Barceloneta.

—¡Dios mio! ¿Y Monchats?

—Ha recibido una carta. Cárlos le paga los cinco mil duros con el cadáver de su padre.

—Eso es horroroso.

—Yo hubiera dado muchas veces esa cantidad.

—¡Oh! Amigo mio, no he perdido dinero. Valen más esos dos cadáveres. Yo enterraré al padre y al hijo.

FIN.

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE.

	Pgs.
Prólogo	3
Año Nuevo	5
La Adoracion de los Santos Reyes	8
Carnaval	13
Semana Santa	20
Corpus Christi	30
Dos de Mayo	33
La Invencion de la Santa Cruz	35
San Isidro	42
La verbena de San Antonio	54
La verbena de San Juan	58
La verbena de San Pedro	64
Santiago	65
Las dos Vírgenes	67
La fiesta de todos los Santos	71
San Eugenio	74
La Purísima Concepcion	79
Noche-Buena	83
Navidad	85
Los Santos Inocentes	92
San Silvestre	96